

Índice

PRÓLOGO	2	CAPÍTULO IV. EL EVANGELIO INTEGRAL	31
		- Monopolización de las conciencias	31
		- Contenido y transmisión del Evangelio	32
INTRODUCCIÓN	3		
CAPÍTULO I. EL INDIVIDUO	4	EPÍLOGO. LA REVOLUCIÓN PENDIENTE	34
- La frustración humana	4		
- Frustración y optimismo	6		
CAPÍTULO II. LA FAMILIA	8		
- La familia, institución y alienación	8		
- Individuo y familia a la luz del Génesis	9		
- Mujer y feminismo en la Biblia	11		
CAPÍTULO III. LA COMUNIDAD	13		
- La encarnación de Dios entre los humildes	13		
- El comunismo bíblico	14		
- Evangelio y sociedad	15		
- Evangelio revolucionario	18		
- Inoperancia humana del misticismo	20		
- Arrepentimiento y cambio	22		
- Dios en la historia	23		
- El hombre y la colectividad	25		
- La primera revolución social y política	26		
- El momento comunista de Amós	28		

Prólogo

¿Existe un comunismo bíblico? ¿Hay en la Sagrada Escritura una concepción comunista de la existencia? Comunitaria sí; pero ¿comunitaria y comunista?

Aunque gramaticalmente parezcan conceptos afines, y de hecho lo son, en la mentalidad del pueblo interviene una muralla china de separación. Y en el protagonismo histórico, también. De muy poco vale decir que el comunismo, como teoría social, aparece en el siglo IV antes de Jesucristo, en obras de filósofos griegos encuadrados en el grupo de los cínicos tales como Antístenes y Diógenes, y en la “República” de Platón más tarde. Tampoco cuentan los grandes teóricos del siglo XIX, quienes proponían reformas sociales inspirándose en ideas comunistas, como hicieron Owen en Gran Bretaña, Saint-Simón en Francia, etc.

Para el ideólogo recalitrante y para el elemento público poco dado a investigar la etimología de los conceptos, el comunismo tiene un cerebro generador, Carlos Marx; y un brazo ejecutor, Lenin.

Por eso asusta tanto el sustantivo “comunismo”. Por eso engendra miedo el adjetivo “comunista”. Porque la mente asocia el fantasma de Carlos Marx mojando la pluma en sus largas barbas húmedas y arremetiendo contra todo lo privado, hasta con el alma que llevamos pegada al cuerpo. Y en los delirios aclaratorios aparecen los espectros de Lenin y de Stalin mandando degollar enemigos políticos en las cárceles de Siberia.

Y no es así. El comunismo, como sistema de organización social que combate la acumulación egoísta y usurera del capital; que propugna la distribución igualitaria de los bienes de consumo; que busca equiparar el bienestar material de los pueblos, de las familias y de los individuos, está presente en la Biblia desde sus primeras páginas. No es preciso recurrir a la experiencia interna de la primera comunidad cristiana de la que habla el libro de los Hechos, como si éste fuera ejemplo único.

El proceder de estos cristianos tuvo precedentes y una especie de estímulo en los profetas del Viejo Testamento, quienes dejaron bien marcada la preocupación social de Jehová por todos los pobres de la tierra.

De este tipo de comunismo bíblico trata el Doctor Campa en las páginas que siguen. Su ideario, apiñado y denso, queda expuesto en cuatro capítulos que tratan del individuo, la familia, la comunidad y la voluntad integradora del Evangelio de Jesucristo.

¡Qué riguroso, qué severo, qué implacable este psiquiatra asturiano! ¡Cómo hurga en nuestras heridas, cómo rebaja nuestro orgullo, cómo pone al descubierto nuestros egoísmos humanos y nuestra pequeñez, casi nuestra miseria cristiana!

¿Hay algo que requiera más atención comunista, es decir, más preocupación social que ese bloque humano en el que incluye la unidad y la cifra, la parte y el todo? Por si acaso nos falla la memoria, golpea nuestra mente con las imposiciones del Evangelio. No deja escape alguno a la conciencia.

Porque ni siquiera podemos mandarlo a sus zapatos. José Manuel González Campa no dice en este libro todo lo que sabe, pero sabe muy bien lo que dice. Posee una preparación científica que le permite ahondar en el interior del hombre, en partes ocultas del ser que los profanos ni siquiera intuimos. A su ciencia de saber humano, añade ciencia de saber divino. ¡Con qué maestría, con qué ortodoxia traza la palabra de verdad y expone la verdad de la Palabra! Es uno de los grandes teólogos laicos del protestantismo europeo.

¿Anda en los pasos de Carlos Gustavo Jung? Que lo decida el lector. También aquel eminente psiquiatra suizo, que corrigió a Freud en una parte importante de su contenido científico, vivió preocupado por la teología.

Aquí están sus libros “Realidad del alma”, “Simbología del espíritu”, “Psicología y religión” y otros.

Lo que pretendo decir, es que Campa no es un intruso del pensamiento. Posee formación humana y espiritual que le capacitan suficientemente, para la tarea que aquí desarrolla. Estoy seguro que este “Comunismo bíblico”, que ha compuesto, salpicará nuestra conciencia como el agua lenta chapotea bajo los árboles adormilados al sol.

Juan Antonio Monroy

Introducción

El presente libro es el resultado de la recopilación y reestructuración de una serie de artículos que han ido apareciendo en la revista “RESTAURACIÓN” durante los últimos años de su publicación; las ideas contenidas en los mismos surgieron de su aplicación al estudio bíblico y exegético por parte del autor, enmarcado en una profunda y seria reflexión sobre la realidad o entorno psicosocial de nuestros días. El contenido ideológico de los cuatro capítulos del libro -El individuo, La Familia, La Comunidad y El Evangelio Integral ha sido expuesto en múltiples disertaciones, en el marco pluridenominacional del pueblo evangélico español, en conferencias especiales celebradas entre evangélicos españoles en Ginebra y Lausanne (Suiza), en el último Congreso Evangélico Español, así como en algunas efemérides de colectivos sociales (no evangélicos) importantes en nuestro país.

La motivación más inmediata para plasmar en este libro una dimensión de mi pensamiento cristiano ha sido el continuo estímulo que he venido recibiendo de distintos hermanos e Iglesias para que lo hiciera; la dinámica más profunda de esta determinación tendría que buscarla en los rincones menos accesibles de mi alma y presiento que pudiera estar informada por el sincero, pero a la vez humilde deseo de intentar aportar “algo” al compromiso solidario de la comunión cristiana con mis hermanos en la fe y, sobre todo, a la respuesta que demanda el servicio de mi Dios y Salvador Jesucristo.

He revisado, con actitud autocrítica, todo lo que aquí expongo.

He vuelto sobre el análisis exegético y la interpretación hermenéutica de los textos bíblicos aducidos. Y en este momento de mi devenir existencial como cristiano, creo que soy sincero, por lo menos a nivel noético, con mis convicciones más comprometidas.

Como siempre, a la hora del agradecimiento tendría que mencionar a muchos. Renuncio a hacerlo. El Señor conoce los sentimientos de reconocimiento que anidan en el fondo de mi corazón y no dudo que El sabrá transmitirlos a todos aquellos que, de forma entrañablemente fraternal, me ayudaron.

Deseo que mi humilde trabajo, realizado con “temor y temblor”, sirva para la mayor gloria de Dios y para una profundización más trascendente el Evangelio de Jesucristo en nuestras vidas.

Oviedo, 24 de Junio de 1986

J. M. González Campa

Capítulo I

El individuo

*Y creó Dios al hombre a su imagen,
a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.*

Gn. 1, 27

LA FRUSTRACIÓN HUMANA

Según el Diccionario, el término “frustración” tiene estas dos acepciones: “No obtener lo que se espera” y “fallido, vano, infructuoso”.

Dicho término se deriva del verbo “frustrar”, que a su vez tiene los siguientes significados: “Privar a alguien de lo que esperaba o deseaba” y “dejar sin efecto un propósito contra la intención de quien quería llevarlo a cabo”.

La frustración es un ingrediente, muy importante, de la forma en que el hombre vivencia su propia vida y se vivencia a sí mismo (Rof Carvallo, en “El cansancio de la vida”). Para estudiar la frustración es necesario tener en cuenta que ésta constituye un fenómeno que se da en el hombre, y éste, como dijera Alexis Carrel, “sigue siendo una incógnita”. No obstante, hay que preguntarse acerca del ser humano como ya lo hicieron el rey David y el patriarca Job en estos términos: “¿Qué es el hombre?”

La respuesta a esta pregunta, que ha gravitado en el pensamiento de la Humanidad a través de todo su devenir histórico, constituye un punto de partida, fundamental, para poder llegar a esclarecer el sentido de la frustración humana; dado que dicha frustración se verifica, es decir, “se da” en el hombre, resulta totalmente imprescindible conocer al sujeto donde se manifiesta la frustración.

A la pregunta “¿qué es el hombre?” consideramos que, hasta el momento histórico actual, se ha respondido de tres maneras: diciendo que el hombre es “imagen y semejanza de Dios”: que es simplemente, Adán, o que es “una carga para sí mismo”.

¿Qué se quiere significar con la aportación teológica desprendida de Génesis 1:26-27? Evidentemente, esta definición implica un rechazo a los conceptos clásicos antropológicos. Será necesario detenernos en el análisis exegético de algunos términos bíblicos.

El primero de ellos es el que se refiere al Ser Supremo, a Dios, en hebreo ELOHIM. Este término significa, literalmente, “UNO en el que hay VARIOS”. Esta es la definición más auténtica, en el sentido bíblico, de ese Ser al que los hombres denominamos “Dios”. Al ser Dios “Uno en el que hay Varios”, resulta evidente que Dios es UNA PERSONA COLECTIVA.

Si el hombre se define como “imagen y semejanza de Dios”, tiene que ser imagen y semejanza de una persona colectiva; y efectivamente, bajo el punto de vista teológico, así es. Adán, en hebreo, es ADAMAH, que significa “tomado de la tierra” (concepto interesante para estudiar los posibles puntos de “encuentro” entre las teorías evolucionistas y creacionistas enfrentadas, dialécticamente, hasta el momento presente). Según el relato del Génesis, Adán significa “el Hombre”, que, en principio, supone un nombre colectivo para los diversos individuos que podían constituir la Humanidad (Génesis 1:26-27; Génesis 5:1-2; Eclesiastés 7:29). En este sentido, la “realización del hombre se produciría deveniéndose de forma colectiva, lo que nunca supone, en el sentido de la Revelación cristiana, una realización dentro del marco de un colectivismo autoritario y dictatorial que reprima los derechos inalienables inherentes a la libertad de los individuos. Se han dado diversas experiencias históricas de realización colectiva, que han permanecido más o menos productivas durante períodos de tiempo diferentes, pero que a la postre han abocado al fracaso de convivencias comunitarias, y esto seguramente debido a que el egoísmo del hombre se impone como elemento antagonista a su devenir comunitario. Del mismo corazón del hombre nacen la conciencia de convivencia comunitaria y los elementos que la impiden; por eso, el ser humano se deviene, intrapsíquicamente, en la esfera de su intimidad, como un ser contradictorio. La insolidaridad humana es una fuente permanente de frustraciones.

En este sentido tenemos que matizar que hay una relación entre “frustración” y “falta de esperanza”. La falta de esperanza vendría definida, en el contexto sociológico y antropológico que venimos analizando, como “desesperación” (Erich Fromm, en el libro “La revolución de la esperanza”).

La ESPERANZA tiene como infraestructura la FE y la fe, según el autor de la epístola a los Hebreos, (11:1), “es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. En hebreo,

el término que se emplea para aludir a la fe es la palabra EMUNAH, que significa “certidumbre”. La esperanza es vivir “el YA, pero TODAVÍA NO” del teólogo Oscar Cullman; es la realización vivencial y existencial, aquí y ahora, de la proyección escatológica de la fe. La fe es, pues, la certidumbre de lo incierto.

Para que toda esa realidad pneumática (espiritual) pueda ser vivenciada como proceso integrador, por el hombre, es imprescindible que se efectúe un cambio, profundo, en las estructuras anímicas del ser humano. El “hombre viejo” (el hombre “adámico”) debe ser transformado por la acción de Dios en un “hombre nuevo”. En este sentido, la transformación del hombre no dependerá tanto de los cambios sociológicos, culturales, económicos y políticos que se verifiquen en su entorno (perístasis o medio en el que el hombre vive y se relaciona), sino más bien de una metamorfosis desde dentro de sí mismo. Este hombre nuevo, que habrá sido transformado desde la esfera de su intimidad, podrá, ahora verter, en su medio, los nuevos contenidos de su conciencia liberada, para que la libertad, la igualdad y la fraternidad sean posibles.

La historia de la Humanidad es la historia del hombre vivenciándose como un ser frustrado, tanto a nivel individual como colectivo. Cuando en algunos momentos, más optimistas de esta historia, el hombre pensaba que estaba empezando a establecerse el paraíso terrenal ¡tan anhelado!-, la realidad venía siempre a dar al traste con sus aspiraciones. La llamada “bella época” que precedió al estallido de la primera conflagración mundial, así como los movimientos de fraternidad universal (la Internacional obrera “proletarios del mundo entero unidos”), con sus ideales de igualdad, solidaridad, paz, fraternidad y libertad se vieron cercenados por la guerra de 1914 a 1918, que suponía la primacía de intereses individuales en detrimento de los más universales de todos los hombres. Posteriormente, la guerra civil española (1936-1939) vino a poner de manifiesto que no sólo el egoísmo insolidario y la dureza de corazón podían levantarse como una barrera entre los pueblos, sino que en el seno de una misma familia se abrieron abismos de incomunicación y de desamor que todavía no han sido superados. Finalmente, la segunda guerra mundial, con su barbarie, hizo descubrir, al mundo, que el ser humano almacena, en lo más profundo de su corazón, las razones básicas de sus frustraciones y de la creación de su mundo insolidario. Por otro lado, quedaba demostrado, de forma patética y flagrante, que el hombre solo (con sus propios recursos individuales y sociales) no está capacitado para superar sus frustraciones, especialmente su frustración existencial, y que necesita de alguien que le ayude, de forma generosa, a superar su alienación existencial.

Además de las consideraciones que sobre el hombre llevamos hechas, queremos seguir apuntando algunas otras.

Una de las causas de frustración es la disociación establecida entre el hombre y la naturaleza. El socialismo científico (Marxismo), a través de uno de sus más egregios expositores, Federico Engels (“El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”), criticó la ideología del cristianismo del siglo XIX (antítesis o dualismo entre el espíritu y la materia, el hombre y la naturaleza, el alma y el cuerpo); el socialismo científico, al favorecer la industrialización de los pueblos y el desarrollo del sistema capitalista, como medio de realización social y colectiva, cayó en el mismo error que criticaba (véase el libro de Miguel Delibes, “Un mundo que agoniza”).

El Génesis, en sus primeros capítulos, nos pone de manifiesto la relación primitiva o primaria del hombre con la tierra (capítulos 1, 2 y 3), que podríamos sintetizar en los siguientes aspectos: propiedad comunitaria de la tierra; no parcelamiento de dicha propiedad; descanso semanal; el hombre como dueño de los medios de producción; ni explotadores ni explotados, ni dueños ni esclavos.

En este primer estadio de la Revelación cristiana el trabajo aparece como un medio de realización del hombre. Bajo el punto de vista teológico estamos ubicados en una situación pre-amárctica (el término griego “amartia” significa pecado, fracaso y frustración), es decir, en un período de tiempo que precede al momento histórico (en el sentido de la Historia de la Salvación) conocido como “la caída del hombre”. Posteriormente, el trabajo vino a constituirse en un elemento importante de la alienación humana. Si bien el concepto científico de la alienación no empezó a ser clarificado hasta los siglos XVIII y XIX (Carlos Marx, en “Manuscritos económicos y filosóficos”, de 1844, aunque antes el término “alineación” había sido empleado por Hegel y Feuerbach), y fue gestado a lo largo de toda la experiencia histórico-laboral del hombre; hasta tal punto, que en el día de hoy se han distorsionado tanto las condiciones básicas, idóneas, para que el trabajo sea un medio de realización del ser humano que no sólo hablamos de la patología del trabajo, sino también de la del paro y de la jubilación.

El análisis etimológico del término “alienación” nos lleva a descubrir que esta palabra es una variante culta de “enajenación”, que a su vez deriva de “ajeno”; “alienación” procede del latín ALIENUS, y éste de la voz ALIUS, que significa “otro”. Se aplica, en este último sentido, a las enfermedades mentales, como la de “hacerse otro en la locura” (esta enfermedad se utiliza como mecanismo de defensa ante la angustia; en este sentido descubrimos delirios de identificación con la naturaleza, místico-religiosos, etc.), o “ser extraño a uno mismo”. Erich Fromm, realizando

un estudio del hombre, en la Historia en relación con la alienación y la frustración, distingue las siguientes etapas significativas: “Homo Faber, Homo Sapiens y Homo Consumens”.

El último tipo de hombre descrito pone de manifiesto que la sabiduría humana, hasta el momento presente, no ha sido capaz de resolver el problema de la frustración y de la alienación de la humanidad; antes al contrario, el desarrollo tecnológico y científico ha favorecido que el hombre haya caído en la trampa de su propio progreso. Con la invención del cambio y del dinero, el objeto creado por el hombre cobra un poder independiente, del hombre mismo, y domina sobre él. En este sentido, y desde la perspectiva de la alternativa que el cristianismo ofrece a la humanidad, el enfrentamiento dialéctico entre “Dios y el dinero” (Sermón de la Montaña) sigue teniendo plena vigencia.

*Todo lo hizo hermoso en su tiempo;
y ha puesto eternidad en el corazón de ellos,
sin que alcance el hombre a entender la obra
que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.*

Ec. 3, 11

FRUSTRACIÓN Y OPTIMISMO

El trabajo, cuando no es un medio de realización, aliena. El libro de Eclesiastés constituye, en mi criterio, el mejor estudio que se ha realizado sobre la frustración humana. En él se pone de manifiesto la manera en que el hombre, “debajo del cielo” (es decir, en la tierra), vivencia su propia experiencia existencial. Este libro expresa el contenido de la tesis de la que el autor parte: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Todo ello es vanidad y aflicción de espíritu”.

Este mismo texto, traducido literalmente, en su segunda parte, se leería de la siguiente forma: “TODO es VARIEDAD y correr tras el viento”. Resulta obvio que la vivenciación de tal contenido anímico produce una experiencia de frustración y de vacío, es decir, alienante. En el capítulo 3, versículo 11, se dice que “Dios ha puesto en el corazón del hombre (es decir, en la esfera de su intimidad e incluso en niveles inconscientes de sus instancias psíquicas o espirituales) el deseo vehemente por la eternidad, sin que el hombre alcance a entender lo que Dios ha hecho desde el principio...” “El deseo de eternidad” se enfrenta con la realidad existencial de la muerte, que

viene a truncar dicho deseo. Cualquier experiencia devenida por el hombre, (la sabiduría, los placeres, las riquezas, el trabajo, etc.) a lo largo de su existencia, no puede gratificar los deseos profundos de eternizarse que alberga en su propio corazón, dado que todas las experiencias, posibles, son temporales y no pueden ayudarle de forma trascendente.

La frustración humana constituye el ingrediente fundamental del patrimonio espiritual del hombre. La experiencia de la “no realización” se impone de manera cotidiana y la humanidad se deviene como “un mundo que agoniza” cada día: “Existen multitud de factores que hacen que se profundice más y más esa experiencia agónica; uno de los que más influyen sobre las naciones es la amenaza nuclear. Los hombres están preocupados por la posibilidad de una guerra nuclear y se reúnen, constantemente, para llegar a un posible acuerdo sobre desarme; entre tanto “los ingenios nucleares” están ahí, fabricados por unos hombres y esperando ser utilizados contra otros. La suprema aspiración de los humanos estriba en que sigan ahí, quietos, en los arsenales, es decir, que no lleguen a emplearse. Pero en este caso, y aún en el más positivo de que se llegase a un acuerdo de desarme general y completo, ¿qué hacer con este elemento devastador, cuidadosamente embotellado a lo largo de medio siglo? ¿Lanzarlo al mar? ¿Enterrarlo?

¿Es qué desconocemos, acaso, las propiedades letales de los isótopos radioactivos? ¿No sabemos que el aire, el agua y la tierra contaminados envuelven un riesgo para la vida?. En Hanford, estado de Washington, en las proximidades del río Columbia, hay enterrados más de 124 tanques de acero y hormigón, los cuáles contienen más de 200 millones de litros de desechos radioactivos; cantidad que, al ritmo de crecimiento actual, pueden multiplicarse por ciento en los años venideros. Estos tanques y sus posibles filtraciones son celosamente vigilados, pero a juicio de los geólogos norteamericanos tal vez bastaría un terremoto de las modestas proporciones del de 1918, conocido como el terremoto de Corfú, para agrietar esos recipientes y liberar la radioactividad que contienen. Los efectos de esta avería, en opinión de los científicos competentes, serían tan desastrosos como lo que podría ocasionar una guerra nuclear, en la que se empleasen todas las reservas atómicas actuales, ya que la radioactividad que almacena uno solo de esos tanques equivale, según Sheldon Novice, a la producida por todas las armas nucleares probadas desde 1948. Esta es nuestra situación en la Paz Atómica de nuestros días (“Un mundo que agoniza”, de Miguel Delibes).

Asimismo, la humanidad está amenazada por los peligros terroríficos de una guerra en la que se empleen armas bacteriológicas; tratándose del virus de la Psitacosis, el número de ellos necesario para destruir toda la vida de nuestro planeta cabe en una docena de huevos de gallina;

o el de la Brucelosis letal, resistente a cualquier tipo de vacuna, y que puede concentrarse en una pasta, a razón de 2.500 millones de bacterias por gramo, estando totalmente seguros de que bastarían sólo 50 gramos para borrar al hombre de la tierra.

Las circunstancias en las que el hombre tiene que devenir su existencia histórico-biográfica no favorecen su realización como ser humano, aquí y ahora; antes bien, constituyen elementos perturbadores que interfieren la misma. A todas las anteriormente apuntadas me gustaría añadir, para finalizar, algunas consideraciones que me sugiere el libro de George Orwell "1984".

En estos días he leído diversos comentarios que critican la obra de Orwell, manifestando que se equivocó sensiblemente en sus narraciones proféticas para 1984. No comparto estas opiniones, porque creo que el análisis desapasionado, y libre de prejuicios ideológicos, de la realidad, da al autor del mencionado libro más que sobrada razón; creo que intuyó la realidad de nuestros días con una aguda perspicacia. En definitiva, lo que viene a decirnos en su libro es que los sistemas socio-económicos, socioculturales, sociolaborales y psicosociales del futuro no constituirán otros tantos medios al servicio del hombre y de sus necesidades anímicas y espirituales, sino que se volverán contra él, transformándose en sistemas opresores de su conciencia y de su libertad. Más que nunca el hombre se encontrará preso en la "trampa" del progreso y de la mal llamada civilización.

El don más sublime e inefable que Dios ha concedido al hombre, el de la libertad, será pisoteado por aquellos que detentan el poder político y social. El hombre no podrá sentirse seguro de sí mismo, tendrá la sensación creciente de que la sociedad en la que tiene que vivir, y sobre todo las superestructuras de la misma, inciden en el campo de su conciencia personal, para desestructurarla y, en definitiva, para convertirlo en un ser frustrado.

Mirar el mundo en el que vivimos con optimismo, dependiente de lo que el esfuerzo humano pueda conseguir para "liberar a la humanidad oprimida", supone una visión subjetivista del futuro que la realidad desmiente cada día. Después de miles de años de civilización y de desarrollo de la "Ciencia del Bien y del Mal" (Génesis 2:16-17 y Génesis 3:4-5), es decir, de los avances técnico-científicos, los hombres son más, pero no mejores. El amor ha pasado a ser un término que no refleja la comunión fraternal entre los hombres, ni siquiera entre los hombres y las mujeres, y su sentido "moderno" se acantona en la descripción de un acto placentero. La paz se encuentra más lejos del corazón del hombre que nunca; por el contrario, desde que los pueblos de la tierra fundaron la Sociedad de las Naciones Unidas, este mundo no ha conocido ¡un sólo día! sin guerra. La fraternidad es un tópico que se instrumentaliza al servicio de los intereses más bajos.

¿Para que seguir? Sólo tenemos que abrir nuestra pequeña ventana al mundo (prensa, radio, televisión, internet...) para cuestionar el "paraíso" soñado por los hombres para esta tierra.

Existe un futuro, sin embargo, esperanzador. Yo creo en él. Pero dicho futuro no será implantado en este mundo por los hombres, sino por la decisión soberana de Dios.

Ante una realidad humana tan poco gratificadora, uno siente deseos vehementes de gritar con el protagonista de una conocida canción americana: "¡Qué paren la tierra que quiero apearne!" Por consiguiente, mi concepción sobre la frustración humana y su superación supone la aceptación de Aquel Ser Transcendente, en la esfera de la intimidad del hombre, que sea capaz de operar la profunda transformación, necesaria, para superar todas las frustraciones, volver a sentirse persona y obtener una respuesta válida para los deseos de trascendencia y eternidad que anidan en lo más profundo de su ser.

Capítulo II

La familia

*Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre,
y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.*

Gn. 2, 24

LA FAMILIA, INSTITUCIÓN Y ALIENACIÓN

Existe en la Palabra de Dios un texto que es fundamental para la higiene mental, y aun para la biológica, de las familias. El sentido esencial del texto lo hemos descubierto, por vía científica, todos los que tenemos trato o relación con problemas familiares, provengan o no de medios creyentes. El psicoanálisis, con toda su capacidad para profundizar en el estudio de la esfera de la intimidad y en el entorno psico-social que la condiciona, no ha descubierto nada que vaya más allá de ese texto; sin embargo, su mérito consiste (me refiero al psicoanálisis) en que lo ha puesto de relieve y creo que en cierto sentido debiera de constituir un sentimiento de vergüenza para los cristianos que un hombre, que no era creyente, Sigmund Freud pusiese de manifiesto lo que nosotros teníamos que haber clarificado mucho antes, y esto no sólo a nivel teórico y expositivo, sino en la práctica real de nuestras vidas:

“Dejará el hombre a su padre y a su madre” (Génesis 2:24). Este es el texto. El incumplimiento de esta norma puede suponer la causa principal de las crisis matrimoniales hasta en el 90 por cien de los casos. A Abraham le costó mucho aprender esta lección y, como consecuencia, no es que los planes de Dios se frustrasen, pero sí que se retrasaron los medios de actuación que Dios quería poner en marcha a través de la instrumentalización de su familia. El estar “pegados” al padre y a la madre, después del matrimonio o cuando se ha rebasado determinada edad, puede convertirse en un síntoma de alienación y de neurosis, que siempre perturbará, profundamente,

la vida del individuo o las relaciones con el otro cónyuge. “Dejar al padre y a la madre” es la primera regla de oro que nos manifiesta la Palabra de Dios en sus aspectos de psicología bíblica. Pero, lamentablemente, los cristianos no la entendemos así. El mundo, en general, tampoco la quiere entender, y unos y otros pagamos luego las consecuencias.

Dejar al padre y a la madre no significa abandonarles; no se trata de desvincularse afectivamente de ellos; significa tener conciencia de que, fundamentalmente, “mi familia” es mi esposa y mis hijos como verdad esencial a devenir en la práctica concreta. Ahora bien, ¿cuántas familias cristianas tienen concienciada, vivenciada y proyectada sobre la realidad esta regla de oro? El problema de las alteraciones de la dinámica de un gran número de familias está ahí, debido a que la vida del matrimonio se ve invadida por las interferencias de otros familiares ajenos a la esencia nuclear del sentido primordial del grupo familiar; y en estas circunstancias no es posible que se realice una vida matrimonial normal, con la consiguiente repercusión en la educación distorsionada de los hijos, los cuáles no pueden realizarse plenamente en el seno familiar al recibir estímulos contradictorios, procedentes por una parte de los padres y por otra de los abuelos, tíos, etc.... Cuando uno de los cónyuges se inclina hacia los estímulos y las influencias provenientes de sus padres, y esta actitud entra en contradicción con la tendencia del otro cónyuge, se están plantando las primeras semillas que darán como fruto la ruptura de la esencia matrimonial; es decir, dejarán de ser UNO, para volver a convertirse en DOS.

La familia también se ha cuestionado desde otros puntos de vista científicos. La investigación de una enfermedad mental, llamada “esquizofrenia” (Laing-Cooper, etc.) por parte de los movimientos antipsiquiátricos, ha puesto de manifiesto que la raíz de ese enfermar puede estar en el seno de la familia.

Desde puntos de vista políticos, la familia también se cuestiona. Algunos movimientos político-filosóficos, como el marxismo, inciden en este sentido. El análisis dialéctico de la historia, al estudiar la familia-institución, ha puesto de manifiesto unas verdades que nos parecen incontrovertibles en el contexto de determinado entorno socio-político, socio-económico y psico-social. Muchas veces, los padres proyectan y reproducen sobre los hijos unos condicionamientos propios de los estados, especialmente autoritarios. Sólo se puede mantener un estado autoritario con personas y pueblos sumisos, y la familia suele ser el medio idóneo, donde se reprime a la gente para que luego tenga frente a las autoridades una actitud de “sometimiento” a ultranza; actitud que no es justa, y mucho menos cristiana. Debemos un respeto a las autoridades, pero hasta cierto punto. La Biblia dice: “Obedeced a Dios antes que a los hombres”; este texto, tan

demagógicamente utilizado, no se limita, en el ámbito de su significado, a los aspectos carismáticos de la predicación evangélica, aun cuando las autoridades repriman o prohíban la misma. El sentido dimanante del texto implica algo más. Si me condicionan a cometer una injusticia, en clara desobediencia a la Palabra de Dios, mi deber es “obedecer a Dios antes que a los hombres”, pase lo que pase. Si me condicionan a tomar una actitud que va a perjudicar a los seres humanos, para beneficiar a unos individuos que instrumentalizan un sistema de poder, mi deber es obedecer a Dios antes que a los hombres. Por lo cual, en este sentido, determinadas influencias de la familia, instrumentalizada por el Estado, sobre los individuos, pueden resultar alienantes.

Lo que estamos considerando es algo muy serio, pero ¿sabemos que la familia como institución no sólo ha sido cuestionada por los jóvenes, por la ciencia, por los políticos, sino también por la misma Palabra de Dios? Esto es, Jesucristo mismo CUESTIONÓ, radicalmente, esta clase de familias. “Los enemigos del hombre -dijo- serán los de su casa”. Evidentemente, no era éste el propósito, genuino, de Dios al crear la familia, pero lo cierto es que en el contexto en que fueron pronunciadas aquellas palabras de Jesús se estaban cuestionando las “tradicionales” relaciones padre-hijo, madre-hija, suegra-nuera, etc... Y es que el Señor Jesucristo vivió aquí como un hombre y dentro de una familia que intentó alienarle y que hizo todo lo posible por reprimirle. ¿Sabíamos que la primera persona que dijo que el Señor era un “enfermo mental” fue su propia madre? La frase pronunciada por María, “está fuera de sí”, traducida a términos científicos significaría algo así como “es un esquizofrénico”. De esta actitud se ha seguido la crítica, a través de las generaciones y hasta nuestros días, de que Jesucristo era un esquizofrénico y que su propia familia tenía conciencia de ello. “Está fuera de sí”. “Los enemigos del hombre son los de su casa”. ¡Qué verdad más tremenda! Parece increíble, pero fue una realidad el que el Señor Jesús cuestionó la familia-institución, partiendo de la experiencia de su propia familia.

Todos los cuestionamientos, críticos, sobre la familia mantienen un punto fundamental de coincidencia, y es éste: la familia tiene una finalidad fundamental: el desarrollo de la personalidad en todas sus dimensiones. Cuando la familia no favorece este desarrollo, debe ser cuestionada. La familia tiene que ser un vehículo donde el individuo encuentre el marco adecuado para realizarse y ser feliz en la medida de lo posible, sobre todo, el medio en el que se puedan plantar las bases de una realización suprema y metafísica.

La primera vez que en el libro del Génesis se menciona a la familia es en relación con los hijos de Jafet; en el capítulo 10:5 leemos: “De éstos se poblaron las costas, cada cual según su LENGUA, conforme a sus familias en sus naciones”. Como vemos, la primera vez que se menciona a la fa-

milia se la menciona en relación a las naciones con el resto de las familias y con el lenguaje que es un medio de comunicación por excelencia, aunque no el único ni el más importante, en muchos momentos del devenir de un individuo. No obstante, después de que el ser humano recorra sus primeros estadios, sin lenguaje no hay comunicación, y sin comunicación no hay realización de la persona. La alienación es, en esencia, la falta de comunicación.

*Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo:
¿Dónde estas tú?*

Gn. 3, 9

INDIVIDUO Y FAMILIA A LA LUZ DEL GÉNESIS

Hay dos formas de abordar el estudio del concepto de persona en la Biblia. Una es buscar el concepto de persona individual y la otra, el de persona colectiva. Este último concepto es el fundamental y nos presenta a la persona en una perspectiva dinámica, la cual depende de una relación social del “uno con el otro”. En Génesis 1:26-27 se nos describe la creación del hombre en relación con su naturaleza humana, pero todavía, en este estadio de la Revelación, no se encuentra clarificado el concepto de persona individual; es necesario ir más adelante y alcanzar Génesis 2, para encontrar este concepto de persona. Hay que ir al momento en que nace lo que podríamos llamar “la conciencia del YO”, que no es la conciencia moral (del bien y del mal), porque todavía no ha sido afectado el antropos (hombre) por las circunstancias peristáticas (de afuera) amárticas (pecado). En el capítulo 2 de Génesis, cuando el hombre habla por primera vez y toma conciencia de SI MISMO y de la realidad que le entorna, empieza a dibujarse el concepto de persona; es decir, el hombre habla de él, respecto del otro. Pero es más adelante, en el capítulo 3, donde se plantea, claramente, el concepto de PERSONA INDIVIDUAL, cuando nace la relación del YO y del TU, cuando ocurren y concurren una serie de circunstancias, y Dios establece una relación social, aunque trascendente, con el hombre y dice: “¿Dónde estás tú?”. Y el hombre contesta: “YO (en la respuesta está implícito el concepto yoico de persona individual) tuve miedo y me escondí”.

Pero es necesario ir más allá para poder profundizar en el problema de la familia. Por encima de ese concepto de persona y del concepto de individuo y de individualismo, el concepto

fundamental y bíblico de persona es eminentemente COLECTIVO y nace de la propia esencia de lo que Dios es, como persona. El individualismo como doctrina o como filosofía, no constituye la voluntad de Dios para el hombre. Un individuo, según la Escritura, no es igual a una persona; al menos, como diría Jesucristo, “en el principio no fue así”. Sin embargo, hoy sí que es aceptado, plenamente, el concepto individualista de persona, pero es evidente que hoy no estamos en el principio; en el principio la familia no fue cuestionada por Dios, pero cuando Jesucristo vino a este mundo sí que la cuestionó, y por la razón obvia de que la familia del principio no era, ni estructural ni fenomenológicamente, lo que hoy es. Hemos dicho que un individuo no equivale a una persona. Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”, y añade la Escritura: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”. Es de notar que la Escritura no dice “hombre y mujer”, sino “varón y hembra”. Está claro que en el principio el hombre era una persona colectiva: el varón y la hembra, el masculino y el femenino, “el varón y la varona” (Génesis 2) eran en el principio “el hombre” que Dios creó. Este fue el propósito de Dios al crear al hombre en el principio, y sigue siendo el mismo que Cristo expresó en su día, hasta el punto que bien pudiera decirse que el acto soteriológico (salvífico) de Cristo estuvo al servicio de la realización del hombre como un ser colectivo; el pecado (la irrupción amártica) rompió la unidad orgánica, la unidad social y la unidad espiritual de DOS individuos que constituían UNA sola PERSONA, favoreciendo la emergencia del concepto individualista de persona y creando el punto de partida de todas las filosofías que sirven a los principios insolidarios del egoísmo.

Quien no pueda comprender este concepto de persona colectiva encontrará serias dificultades para entender extensas partes de la Revelación de Dios. Ahora bien, ¿cuál fue la finalidad de Dios al crear una persona colectiva? La primera palabra que encontramos acerca de Dios en el libro de Génesis, según el original hebreo, es el término “Elohim”, que significa “UNO en el que hay VARIOS”. Aquí encontramos la primera revelación que Dios hace de sí mismo como una persona colectiva: uno en el que hay varios. Y el hombre fue creado a su imagen y semejanza, es decir, “como UNO en el que hay VARIOS”, o, lo que es lo mismo, como una persona colectiva. Hasta tal punto esto es cierto, que en el capítulo 5 del libro de Génesis, donde se hace un recuento y una interpretación pretérita de lo que Dios había creado en el principio, en cuanto a aspectos antropológicos se refiere, se dice que Dios creó al hombre y a la mujer, “al varón y a la varona”, y que llamó su nombre “Adam”, o, lo que es lo mismo, “el Hombre”; o dicho de otra manera, que la creación del hombre es, originalmente, bisexual, es decir, dos sexos en una sola persona.

Cuando leemos en Génesis: “Hagamos al hombre”, prácticamente podríamos traducir, sin pecar de infidelidad al texto bíblico, que Dios estaba diciendo: “Hagamos a la familia”.

¿Con qué finalidad Dios creó al hombre como una persona colectiva? Por una parte, para conseguir la prosecución de la raza, de acuerdo con el tópico, tantas veces repetido, de “creced y multiplicaos” (Génesis 1). Pero también por algo más trascendente que hoy nos interesa de manera particular, cual es el fin de que la familia sea un medio de comunicación, por excelencia, al servicio de la realización de las personas. Cuando leemos en Génesis: “No es bueno que el hombre esté solo”, no debemos entender que Dios creó a la mujer como un remedio para paliar una situación de frustración en la que podía haberse encontrado el varón. Los pensamientos primarios los constituyen las elaboraciones noéticas de Dios: la primera vez que Dios piensa para crear al hombre, piensa en un ser colectivo. Dios dice para sí mismo: no es bueno crear un individuo-hombre, sino un hombre formado por varios individuos que constituyan una sola persona y que, de alguna manera, sea un reflejo de la realidad de Dios en el mundo. “Le haré una ayuda idónea para él” (Génesis

2). Ahí está la clave de la finalidad fundamental de la creación de la familia. Traduciendo más literalmente, este texto dice lo siguiente: “Haré una ayuda para el hombre como un reflejo suyo”. El término reflejo puede ser traducido por “enfrente”, es decir, “el otro”, “el interlocutor” con el que se establece la comunicación y el diálogo.

La finalidad de la creación de la familia es favorecer, por encima de todo, el proceso de comunicación de los individuos. Cuando en una familia se rompe la comunicación entre el marido y la mujer, entre los hijos y los padres, entre los padres y los hijos, esa familia está enferma. Y si es una familia cristiana, tiene que analizar su enfermedad a la luz de la Revelación de Dios. El hombre es un “enfrente” de la mujer, la mujer es un “enfrente” del hombre, precisamente para que se comuniquen, y esto por una razón sencilla y básica: porque el hombre es hecho a imagen y semejanza de Dios, y Dios en esencia es el Verbo, la Palabra, la Comunicación.

Esta familia creada así por Dios, no institucionalizada, no jerarquizada de una manera rígida, no llevando a una ultranza reaccionaria lo de que “el marido es cabeza de la mujer”, es el medio más adecuado para la realización de cualquier ser humano. Esta familia, concebida por Dios como medio al servicio de la comunicación, tiene un devenir histórico. ¿Cuánto durará? En principio, la Biblia nos habla de una familia de tipo monogámico: el hombre y la mujer unidos para formar una sola persona, el matrimonio indisoluble. Más adelante la propia Palabra de Dios, en la medida que los hombres van apartándose de los planes de Dios, nos habla de la poligamia,

que se introduce rápidamente. Tal fue el caso de David o Salomón, que, siendo fieles a los propósitos de Dios en otras esferas de su vida, fallaron en este aspecto. Si David o Salomón hubiesen presentado su problema a Jesucristo para que aprobase su situación, el Señor les hubiera dicho lo mismo que a los fariseos, como leemos en el Evangelio según Marcos: “Al principio no fue así”. Hay que reconocer que a nivel humano y social la familia-institución está fracasada, y esto es así, precisamente, porque se institucionalizó, desvinculándose de los principios de higiene espiritual dados por Dios. Porque en la conciencia de las familias, estos principios y su Autor no cuentan. En la dinámica de la vida familiar, Dios no cuenta para nada. Hablamos de negocios sin contar con Dios, hablamos de la cultura de nuestros hijos y Dios queda al margen, hablamos de los problemas conyugales y Dios está excluido. Por lo mismo, la Palabra de Dios no profundiza el sentido pluridimensional de nuestra vida. No planificamos la vida de nuestra familia con Dios.

*Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?
Porque su estima sobrepasa largamente
a la de las piedras preciosas.*

Pr. 31, 10

MUJER Y FEMINISMO EN LA BIBLIA

Después de la poligamia, ya descrita en el libro de Génesis, si damos un salto exegético y pasamos al libro de Deuteronomio, nos encontramos con el problema del divorcio, prácticamente institucionalizado. Dios lo permitió, pero “al principio no fue así”, y Dios no se manifiesta de acuerdo con esta situación. Al hacer una investigación etiopatogénica del fenómeno, lo interpreta de la siguiente manera: “Por la dureza de vuestro corazón” se os concedió el divorcio. Si seguimos estudiando la Escritura en este devenir histórico de la institución familiar nos encontramos con el problema del adulterio e incluso la prostitución dentro del seno de la misma familia.

Al finalizar el ministerio profético vetero- testamentario se produce un cambio espectacular, y en esto quisiera llamar especialmente la atención de los jóvenes; la familia-institución es seriamente criticada, para volver a retornar al sentido primigenio, no institucionalizado, de la misma. En este sentido tenemos que decir que en cuanto al devenir histórico de la familia la Biblia está de vuelta de todo. Todos los ensayos para superar la familia-institución están abocados

al fracaso; quienes conocen el mensaje del libro de Eclesiastés saben que una parte del contenido de dicho mensaje presenta “a las cosas” dando vueltas en círculos concéntricos y reiterativos, para volver a su punto de partida, a su punto de origen. Todo ha sido ensayado: la poligamia, la poliandria, la promiscuidad sexual, las comunas, las familias culturales, etc... Todo está probado y esta experiencia la denuncia la Escritura de una manera clara, aún en la vida de los creyentes más fieles y espectaculares en la Historia.

Al final del Antiguo Testamento y después de toda esta panorámica de ensayos que hemos venido considerando, encontramos un precioso mensaje del Profeta Malaquías en el que se vuelve al principio, a lo que Dios instituyó: “Mas diréis: ¿Por qué? Porque Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto” (Malaquías 2: 14). Cuando la familia está al servicio de las motivaciones contenidas en la Revelación de Dios y cumple con sus fines de comunicación, no tienen sentido las reivindicaciones de los “hombres”, ni de las “mujeres” en la forma que se plantean hoy. Se parte de la concepción dualista del matrimonio, es decir, se considera que el mismo está integrado por dos personas, lo cual no es cierto si miramos al sentido profundo de la Revelación Bíblica. En los propósitos de Dios, NUNCA fueron dos. Según la Escritura el matrimonio es uno, y somos los seres humanos los que lo convertimos en dos. Con la entrada del pecado se escindió el sentido de la persona colectiva y surgió el individualismo monopolista y desestructurador y ahora no son uno, sino dos.

Si alguien preguntara en qué sentido tienen que ser uno, habría que responder que, prácticamente, en todo; es decir, que el hombre y la mujer, en este sentido que estamos tratando, son paritarios e iguales. En Mateo 19: 4 se dice la siguiente: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? El, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo? “Varón y hembra”, traducido literalmente es “masculino y femenino”, así que podríamos leer: “¿No habéis leído que el que los hizo al principio, masculino y femenino los hizo...? Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. La palabra que aquí se traduce por “carne” se puede traducir también por “ser vivo” y nada menos que por “hombre”. De dos individuos, Dios hizo una sola persona; dicho de otra manera, la mujer es también el hombre. A veces no tomamos en consideración esta realidad, razón por la cual surgen muchos problemas prácticos en nuestras iglesias. Cuando Dios hizo al hombre, lo hizo varón y hembra, varón y varona; siendo así, ¿cómo la mujer reivindica derechos femeninos, si ella es también el hombre? LOS DERECHOS SON DE LOS DOS, ASI COMO LAS OBLIGACIONES.

Si hay alguna referencia para hablar, de la igualdad del hombre y de la mujer en cuanto a relaciones en la esfera de la intimidad, se encuentra en 1ª Corintios 7:4 “La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinenencia”. Hay aquí una palabra fundamental y clara y es el “mutuo consentimiento o mutuo Acuerdo”. Si tuviésemos que traducir y transliterar al castellano esta palabra, lo haríamos por el término “sinfonía”. El mutuo acuerdo que tiene que ver con la esfera de la intimidad afectiva y trascendente de un matrimonio, es una sinfonía es decir un acorde armónico, “en unanimidad”. Así que la relación en la igualdad, en la esfera de la psicosexualidad, es fundamental.

Pero todavía hay más: la igualdad ante la educación de los hijos. ¿Quién tiene que educar a los hijos? Probablemente si hiciésemos encuesta en medios cristianos, la respuesta mayoritaria sería que, fundamentalmente, son los hombres, “los padres”, los que tienen que educar a los hijos; y que así mismo son los únicos responsables para traer dinero a su casa. No obstante, estos conceptos son ajenos al sentir bíblico. Mucho antes que las mujeres, en occidente, decidiesen trabajar fuera de su casa para ayudar al mantenimiento de su familia, tenemos en la Biblia, en el último capítulo de Proverbios, algo escrito al respecto, hace miles de años y verdaderamente revelador: “La mujer virtuosa”, de Proverbios 31, no es una señora que realiza la limpieza de su casa y después se siente a hacer ganchillo. La mujer de Proverbios es una mujer que trabaja, que da comida a sus hijos, que trae dinero a su hogar, que tiene negocios, que actúa, que es dinámica, que se preocupa de todos los aspectos de la vida de la familia, que tiene una proyección social y que estimula la propia creatividad de su marido y de sus hijos. Ésa es la mujer “liberada” de Proverbios, esposa que está muy lejos de la mujer beata, sumisa y extraña que nos han pintado en los libros o en los sermones. Y esto ocurría muchos años antes de que las mujeres pusiesen en marcha su proceso de emancipación. Así que si la mujer cristiana quiere ser consecuente consigo misma y vivir liberada, no necesita ir a los movimientos feministas para enterarse qué tiene que hacer: Toda la información que necesita se encuentra en la Palabra de Dios.

En cuanto a la igualdad en la educación de los hijos, leemos en Efesios, capítulo 6: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y

amonestación del Señor”. Aquí está el problema de la educación de los hijos, de esa comunicación y de esa formación impregnada por toda la revelación de Dios. Tenemos en primer lugar la palabra “criadlos”, que se traduce literalmente por educadlos. Criar no significa, sin más, “dar de comer”, sino educar, enseñar, dar una formación tanto a nivel cultural como espiritual, que es lo que viene a significar la expresión “en disciplina y amonestación del Señor”.

A la vista de lo expuesto se entiende fácilmente que la responsabilidad en cuanto a la educación de los hijos recae tanto sobre el padre como sobre la madre. Pero ¿cuántas familias tienen conciencia de ello? Porque generalmente existe un desfase cultural y de la formación, incluso bíblica, dentro de la familia, con discriminación evidente de la mujer. En la medida en que se margina a la mujer en el seno de la familia, se la aliena y se la condiciona a una realización a nivel doméstico, en evidente contradicción con las recomendaciones contenidas en la Revelación de Dios.

La familia cristiana tiene que ser algo distinto; para ello es necesario que Dios esté en el centro de nuestra vida como familia. La Palabra de Dios tiene que informar en conocimiento espiritual, y aun cultural y científico, a nivel de nuestra vida familiar. La relación entre el marido y la mujer debe corresponder a una relación sinfónica, de plena armonía; en este sentido, cuando la mujer sabe estar en el lugar donde Dios la ha colocado, no surgirán problemas de relación de autoridad. El hombre no está puesto en la familia para ejercitarse como déspota, sino para ser un canal de Dios a través del cual se favorezca la comunicación entre los distintos miembros de la familia. También los hijos deben tener una relación con los padres informada por este mismo espíritu. Recordando unos y otros principios tan fundamentales como son los que hemos apuntado: “Dejará el hombre a su padre y a su madre”, “ya no son dos, sino uno”, “haciendo todas las cosas de mutuo acuerdo”, “compartiendo las responsabilidades” frente al problema de la familia, frente al problema del testimonio cristiano, etc... Sólo así podemos ser distintos y cumplir el propósito que Dios tuvo “al principio”, cuando creó la familia.

Capítulo III

La comunidad

*El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz;
los que moraban en tierra de sombra de muerte,
luz resplandeció sobre ellos.*

Is. 9, 2

LA ENCARNACION DE DIOS ENTRE LOS HUMILDES

Dios no hace acepción de personas. Esa es una de las primeras y más trascendentales verdades que forman parte del contenido de la Revelación. Esta realidad consustancial a la misma esencia divina se proyecta orgánicamente cuando Dios crea la tierra, de tal manera que no existen parcelas en el momento de dicha creación. La tierra es una y para todos, sin privilegios que demarquen diferencias sociales, económicas o de otra naturaleza. Dios es el Dios de todos (Génesis 1:28-29; 26:31). Desde el principio de la creación Dios establece el descanso semanal por igual, para todos los hombres (Génesis 2:1-3), en el momento de entregar la tierra, como instrumento y medio de trabajo, en manos de los hombres, Dios lo hace dejando bien claro que la posesión de la tierra tiene carácter comunitario y que nadie tiene más derecho que otro sobre ella; así, encontramos expresiones claras que reflejan esta realidad: “señoreen” (Génesis 1:26), “señoread” (Génesis 1:28), “os serán” (Génesis 1:29). Es decir, desde el principio de la creación hay una distribución equitativa de la riqueza, que margina la posibilidad de que “los pobres” aparezcan como expresión sociológica de principios de injusticia y desigualdad.

La entrada del pecado en la esfera cósmica y antropológica rompe la homeostasis divina y aparecen unos fenómenos que son la expresión viva de que el hombre, al romper su relación primigenia con Dios, también la ha roto con sus semejantes. Esta realidad se expresa claramente en Génesis 6:5, donde se dice: “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la

tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente EL MAL”. A partir de este momento en que los contenidos del corazón humano cambian, se crean las circunstancias idóneas para que los principios que van a dividir a los hombres en su devenir histórico empiecen a plasmarse en la realización de su propia existencia. Aparecen así las diferencias individuales, sociales, económicas, raciales y políticas que van a constituir la infraestructura de la marginación y de la pobreza. Surgen las víctimas inocentes (Génesis 4:8-10) el sometimiento de la mujer al hombre (Génesis 3:16), la esclavitud (Génesis 13:7) y el hambre de los pobres (Génesis 41:46-56). Así leemos: “Toda la tierra de Egipto sintió también hambre, y el pueblo clamó al Faraón pidiendo pan. Y dijo Faraón a todo Egipto: Id a José y haced lo que él os diga. El hambre cundió por toda la faz de la tierra. Entonces José sacó todas las existencias y abasteció de grano a Egipto”. Esto constituye la primera experiencia en que la divina providencia va a intervenir a favor de los pobres, en un deseo de querer restablecer la igualdad del principio. El Faraón Amenhemet I (siglo XX antes de Cristo) se gloria de haber calmado el hambre a sus súbditos en estos términos: “He dado al pobre, he alimentado al huérfano, he admitido al que no tenía nada como al que tenía algo... he favorecido el cultivo del trigo, y amo al dios de la cosecha. El Nilo me saluda en todo el Valle. No hay hambriento en mi tiempo, y nadie tiene sed”. No es necesario investigar demasiado para relacionar este hecho histórico con contenidos básicos de los mensajes de Jesús de Nazaret a su paso por esta tierra. Baste una sola cita para recordar este hecho: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene nunca tendrá hambre; el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Juan 6:35).

La segunda experiencia en la que se proyecta la gran preocupación de Dios por los débiles y los pobres está reflejada en el pasaje de Éxodo 16:2-3 y 16-17 donde leemos: “Esto es lo que Jehová ha mandado: Recoged de él (se refiere al maná como el pan del cielo) cada uno, según lo que pudiere comer; un gomer por cabeza, conforme al número de vuestras personas, tomaréis cada una para los que están en su tienda. Y los hijos de Israel lo hicieron así; y recogieron unos más, otros menos; y lo medían por gomer, y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió conforme a lo que había de comer”. La consecuencia inmediata de esta indicación divina es que los más débiles y los más pobres son atendidos sin discriminación. Dios establece una vez más los principios de equidad, justicia y amor fraternal y solidario entre los hombres.

A lo largo del Antiguo Testamento se va especificando, de una manera clarísima, lo que Dios piensa acerca de la conducta que los hombres hemos de mantener con los más marginados, con

los más pobres y necesitados; en definitiva, con los más humildes (Éxodo 22:25-27; 23:6-7 y 10-11; Levítico 25:23-28; 35-38 y 39-43). Como se puede comprobar por los textos aducidos, Dios no está a favor de los usureros ni de los que cobran intereses por préstamos a los pobres. Así mismo, Dios exige la aplicación de los principios de la más estricta justicia a favor de los desvalidos y no consiente la perversión del derecho que todos los hombres tienen a un juicio justo. Además, Dios matiza que los bienes que el pobre posea no le pueden ser usurpados sin que Él sienta la más profunda indignación. Dios es, pues, el Dios de los marginados, de los oprimidos, de los pobres, de los menesterosos y de los humildes.

El mensaje de los Profetas es el de la gran preocupación de Dios por todos los que sufren cualquier tipo de discriminación. Esta preocupación se encuentra reflejada en los escritos de Isaías (1:16-18; 4:8-11, 12; 20-23; 9:1-7; 11:1-4) y Amós (2:6-8; 4:1-3 y 8; 4-8), fundamentalmente.

En Isaías se esbozan ya algunos de los principios que van a informar las motivaciones esenciales de la presencia del Hijo de Dios entre los hombres; es decir, aquellos contenidos prioritarios sobre los que gira el proceso TRANSCENDENTE de la ENCARNACIÓN. Así se matiza que la Encarnación del Hijo de Dios estará al servicio de las naciones para devolverles la paz y el entendimiento (Isaías 2:4), para arrojar luz sobre los pueblos y multiplicar su alegría (Isaías 9:2-3); así mismo, el establecimiento de la justicia universal será una de las consecuencias dimanantes del hecho de la Encarnación del Hijo de Dios en la persona de Jesús de Nazaret (Isaías 11:3-4).

El Nuevo Testamento recoge toda la perspectiva soteriológica (salvífica) y escatológica (futura) de la persona del Mesías y plasma el comienzo de su ministerio público en la tierra, ubicándolo en el centro del mensaje de los profetas. Es el evangelista Lucas quien nos presenta la realidad histórica de tales momentos situándola en el espacio y en el tiempo: “Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito. El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar BUENAS NUEVAS a los POBRES; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó: y los ojos de todos, en la sinagoga, estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:16-21).

También Mateo destaca el sentido del mensaje de Jesús realzando algunas características del mismo. La ocasión se da ante las dudas que surgen en la mente de Juan el Bautista acerca de la

identidad de la persona de Jesús. El Señor envía al Bautista el siguiente mensaje a través de algunos discípulos: “Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen. Los muertos son resucitados y a los POBRES es anunciado el EVANGELIO”.

Todo el mensaje de la Biblia deja claro que Dios es Aquel Ser que no hace acepción de personas y que Su voluntad es que “todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1ª Timoteo 2:4). No obstante, también está suficientemente claro que existe en Dios una preocupación “especial” por los ciegos, cojos, leprosos, sordos, quebrantados de corazón, cautivos, oprimidos y pobres. Desconocer esta realidad es pretender extrapolar del mismo contenido del Evangelio su esencia más prístina. La dimensión social que el Evangelio debe tener es consustancial a la misma voluntad de Dios. Él ha querido que un día, y en la esfera de este mundo, los marginados, los humildes y los pobres sean objeto de justicia, de consideración y de suprema estima. Todavía no conocemos ese mundo en el que, según el profeta Isaías, “se juzgará con justicia a los pobres y se argüirá con equidad por los mansos de la tierra”. Todavía no lo conocemos, pero, sin duda, en un día no muy lejano tendremos la oportunidad de vivenciarlo, porque la Encarnación de Dios entre los humildes ha sido un hecho.

*Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma;
y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía,
sino que tenían todas las cosas en común.*

Hch. 4, 32

EL COMUNISMO BIBLICO

Para desarrollar este tema es necesario que recordemos y trasliteremos algunos textos y pasajes de la Biblia. El libro de los Hechos, en el capítulo 2, a partir del versículo 41, dice: “Así que los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de

cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”.

Pasamos ahora al capítulo 4, versículos 32 al 35: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad”. Sigamos en el capítulo 5, versículos 12 al 16: “Y por la mano de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón. De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente. Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como mujeres; tanto que sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos. Y aun de las ciudades vecinas muchos venían a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y todos eran sanados”. Finalmente, una última lectura en la segunda epístola del apóstol Pablo a los corintios en su capítulo 8, versículos 12 al 15: “Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene. Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos”.

El tema que pretendemos tratar es tan amplio que desborda, necesariamente, las posibilidades de consideración de todo su contenido. Hablar del problema del comunismo bíblico o de la salvación, que es lo mismo, sería tarea de una vida entera y por tanto el estudio del tema desborda los límites que pueda imponer cualquier escrito por amplio que éste fuese. Mi idea discurre en el sentido de tratar algunos aspectos concretos de esta problemática bíblico-social.

Pienso que el título de esta serie de capítulos puede resultar chocante y quizás hasta intrigante para muchos cristianos; yo pretendo, recogiendo lo que entiendo que debe ser el espíritu, el sentido que informa el tema, hablar de algo así como el comunismo en la Biblia.

En el Nuevo Testamento se emplea en múltiples ocasiones el término salvación y otros equivalentes. Voy a dar algunas cifras que, si no son totalmente exactas, pienso que están muy cerca

de la realidad. El término “salvar” se emplea unas 106 veces en el Nuevo Testamento, y el término “salvación” unas 45; el término “salvador”, aunque todos tienen una relación íntima y estrecha, 24, y el término “salud”, que también tiene una connotación en este sentido, unas 5. Esto ya nos da una idea de la dimensión y de la importancia que el tema de la Salvación ocupa en las páginas del Nuevo Testamento. Hay algo muy importante, que escribió una vez y que probablemente predicó muchas el apóstol Pablo; él dijo en una ocasión en el contexto de tantos dichos, digamos, universales de él y tan trascendentes, lo siguiente: “Escudriñadlo todo y retened lo bueno”. No vamos a entrar ahora en consideraciones exegéticas de ese texto “per se” pero, indudablemente, todas las cosas que los hombres generan no son, por sí solas, malas; todas las aportaciones del pensamiento humano, en el devenir histórico, no son desechables sin más, ¡ni mucho menos!; y en este sentido quiero hablar de lo que entiendo como aspectos positivos del comunismo en la Biblia. No me refiero específicamente al comunismo de los hombres, sino al “otro” que hay en las Escrituras. Desde círculos evangélicos se ha hablado mucho, y no siempre con verdadero conocimiento de causa, acerca de los humanismos; yo pretendo llevar el tema un poco más allá de las consideraciones partidistas y “excátedra” de nuestros púlpitos, precisamente a la luz de esa frase del apóstol: “Escudriñadlo todo y retened lo bueno”. ¿Todo el contenido de todos los humanismos es desechable? Bajo el punto de vista cristiano, mi posición es que no. Una cosa es la interpretación filosófica de las doctrinas científicas, que puede ser totalmente desechable bajo un punto de vista crítico- cristiano, y otra cosa son los descubrimientos científicos, verdaderos y auténticos, en sí mismos, que el cristiano no puede desechar, sino más bien debiera utilizar para la gloria de Dios y para la edificación de su pueblo.

¡Lo diga quien lo diga! eso no importa: hay cosas que hay que desechar y hay otras que recoger; y a veces por una razón obvia, sencillamente porque las fuentes originales de donde han brotado esos pensamientos tienen una raíz en la Revelación de Dios. Voy a poner un ejemplo: Una cosa es el socialismo científico, o versus marxismo, y otra cosa el socialismo utópico, que no tiene los mismos contenidos, ni los mismos fundamentos, ni nació de las mismas motivaciones históricas. Hay pocas cosas en este mundo, dentro del amplio campo del pensamiento, que hayan sido capaces de sacudir a la humanidad, que hayan influido en el devenir de la historia, que hayan impresionado el pensamiento de los hombres, que no tengan su raíz genética en el cerebro de un judío; pero es más: hay muy pocos judíos con cerebros privilegiados que hayan elaborado teorías científicas, filosóficas, para explicar el mundo, la vida, la historia y sus circunstancias, que no hayan tenido una relación, en su niñez, en su juventud o en su adultez, con la Revelación de

Dios; existe una corriente profunda que impregna el pensamiento de los hombres cuya raíz genética está en la Biblia, aunque sus mismos protagonistas no hayan sido conscientes de ello. En definitiva, los hombres no hemos inventado casi nada; lo único que hemos hecho es imitar a Dios, y en este sentido es necesario tener en cuenta este presupuesto para saber discernir y tomar conciencia de aquello que conviene desechar, y aquello que conviene admitir, porque podemos correr el riesgo, por sistema, de colocarnos en una postura narcisista y dogmática y desechar pensamientos válidos que han sido elaborados y vertidos en el mundo por la influencia universalizada, quizá inconsciente, de la misma Revelación de Dios.

Hablaba yo del socialismo científico y del utópico. El primero lo fundaron dos hombres: Carlos Marx y Federico Engels; pero esto no surgió de la noche a la mañana en la historia de la humanidad, y su elaboración tiene una explicación, histórica y social, fundamental. Si los creyentes no somos capaces de captar algunos conceptos esenciales del socialismo científico, dudo mucho que seamos capaces de integrar en nuestras vidas los conceptos trasliterados de las citas que dábamos al principio de este capítulo; y lo dudo mucho, porque tantas veces el mundo ha levantado sus teorías para vergüenza del Cristianismo y como expresión histórica de su fracaso en la esfera de lo concreto y de lo social. A este respecto quisiera intercalar una anécdota, que por sí misma es más que elocuente: un amigo mío socialista, y que dice que es creyente, me comentaba hace algún tiempo que si el cristianismo real que aparece en el libro de los Hechos no hubiese fracasado, el marxismo posiblemente nunca habría surgido como teoría político-social en el mundo. Yo estoy totalmente de acuerdo con él. Los hombres han tenido que levantar sus sistemas, cuando teníamos que haber sido los cristianos no los que gestásemos dicho sistema, sino aquellos que diésemos al mundo la doctrina y la interpretación histórico-social que éste ha venido buscando desde hace mucho tiempo, y que nosotros la teníamos elaborada de una forma más pura, equilibrada y trascendente. Doctrina válida para todos los tiempos y momentos históricos, sencillamente porque procede de Dios; nosotros no hemos sabido dar ese testimonio a los hombres, no hemos sabido presentar un programa cristiano con alternativas válidas a sus necesidades, y en tantas ocasiones nos hemos identificado más bien con todo lo contrario.

Antes del socialismo científico existió el socialismo de los utópicos, el socialismo que muchos de los socialistas científicos desprecian porque tiene sus motivaciones y raíces en las Sagradas Escrituras; los socialistas utópicos se levantaron con sus teorías sobre la base de lo que hemos leído en el libro de los Hechos y sobre el contenido de otros muchos pasajes bíblicos. Algunos de los primeros líderes del socialismo utópico eran creyentes evangélicos como nosotros; cre-

yentes franceses e ingleses que intentaron plasmar prácticamente y reproducir en la vida de los hombres lo que estaba recomendado y revelado en la Palabra de Dios. Esta circunstancia, tan importante en la historia de la humanidad, la hemos reprimido o en el mejor de los casos olvidado o quizá nunca hemos tenido conocimiento de ella, pero ya es hora de que vuelva a ocupar un lugar destacado dentro de los contenidos de nuestra conciencia.

Para dar respuesta a los problemas de este mundo son necesarias dos cosas: 1) conocerlos y 2) aplicar el remedio que Dios especifica en su Palabra para la resolución de los mismos.

*...todos los que poseían heredades o casas, las vendían,
y traían el precio de los vendidos, y lo ponían
a los pies de los apóstoles; y se repartía
a cada uno según su necesidad.*

Hch. 4, 34-35

EVANGELIO Y SOCIEDAD

Los aspectos concretos que vamos a tocar en cuanto a la salvación no son los clásicos de la predicación del Evangelio para los no creyentes. Esa faceta de la Gran Comisión la conocemos todos muy bien; lo que quisiera desarrollar es la repercusión concreta, práctica y material de la salvación en el mundo y en la Iglesia; aspecto éste que hemos olvidado o que ya no vivimos ni practicamos en su dimensión novotestamentaria. Porque “comunidad” no significa compartir lo que me sobra, dado que ese tipo de comunión se practica a nivel institucional y religioso: comunión significa compartir con los demás lo que tengo y especialmente compartir con aquellos que no tienen o tienen menos que yo. Pienso que entre todos hemos convertido el Evangelio de una potencia vivificadora en una abstracción. ¿Qué quiere decir eso? Sencillamente quiere decir predicar un Evangelio desconectado de la realidad. El Evangelio que predicó Jesús y los apóstoles no era, probablemente, el que nosotros estamos predicando; los contenidos teóricos del mismo los dicotomizamos y partimos por donde nos interesa y consecuentemente predicamos aquello que responde a nuestros intereses en el mundo; predicamos un Evangelio abstraído de toda su dimensión peristática para defender nuestros intereses materiales aquí, en esta tierra, y para justificarlos y para justificarnos en nuestra manera de vivir; por eso desconectamos

el Evangelio de la realidad social y de la realidad económica. A mí me parece que esa actitud no corresponde a la trascendencia universalizada, vertical y horizontalmente, que el contenido revelado del Kerigma Evangélico mantiene en las Escrituras; es más, desconectamos al Evangelio no sólo de la realidad política, que de esto hablaremos después, sino de la misma realidad pneumática y anímica, y eso sí que constituye el no va más de la desconexión, dado que predicamos un Evangelio extraño; es decir, predicamos un Evangelio para que se salven “las almas”, en abstracto, y el problema no se plantea así en las Escrituras. Cuando predicamos “ese Evangelio” estamos reforzando en la historia a cierto movimiento filosófico, que ha jugado un papel nefasto y trágico en cuanto que ha contribuido a desprestigiar el testimonio cristiano entre los hombres. Cuando nuestra predicación responde a estos presupuestos, estamos todavía pensando al hombre en categorías dualistas; estamos pensando que el hombre tiene un cuerpo que es “malo” y un alma que es “buena” a la cual hay que salvar. Este concepto del hombre no es el que se nos revela en el Evangelio.

El Evangelio de los Hechos, el Evangelio de las Epístolas, el Evangelio de los Evangelios y el Evangelio de todas las Escrituras, que no se inventó con el Nuevo Testamento, es un Evangelio INTEGRAL para salvar INTEGRALMENTE a la persona, incluida, por descontado, su dimensión somática, su cuerpo. Sin salvación del cuerpo, la salvación no tiene transcendencia y el mundo, con su dimensión biológica, social, económica, política y cósmica no va a cambiar mientras que el cuerpo de los salvos no sea trascendido en la Resurrección. Este hecho nos parece más que claro a la luz del Nuevo Testamento. La creación que gime y espera la liberación gloriosa de los hijos de Dios, espera la transformación somática de aquellos que han recibido a Cristo como su Salvador, y hasta que esto no ocurra no habrá conmociones sensibles e importantes en la esfera de este mundo. Jesucristo no vino para salvar las almas de las personas sino para salvar a los hombres, a las personas concretas, incluyendo en esta salvación la realidad antropológica de los hombres. Como consecuencia de esta dimensión soteriológica, surge un problema: porque si el Evangelio es para la salvación de las personas, como es, y para la salvación integral de los hombres, como es, por tanto, para la salvación de los cuerpos, como es, la salvación de los pueblos, de las naciones de este mundo, no está fuera de la dimensión del Evangelio, sino dentro y en el centro de esa dimensión. El concepto de persona, en la Biblia, no es un concepto individualista; es decir, que el concepto primigenio de persona en la Escritura no es una persona igual a un individuo; éste es un concepto que responde a un humanismo que a su vez se informa del lenguaje político-filosófico del llamado liberalismo, que es contrario al espíritu de la Escritura, por mucho

que intente izar la bandera de la libertad y de los derechos humanos. En la Biblia el concepto de persona es, básicamente, colectivo y esto precisamente porque el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios. La primera definición de Dios (Génesis 1:1, donde se emplea para Dios el término Elohim) es “UNO en el que hay VARIOS”, y el hombre es hecho a imagen y semejanza de ese “UNO”, es decir, es creado como una persona colectiva. Adán es una persona colectiva, es toda la humanidad cuando Dios lo crea, y la salvación es para esa persona colectiva cuando “cae” y, por consiguiente, para todas las naciones y para todos los hombres de este mundo. Pero es más, el concepto de salvación que tenemos en el Nuevo Testamento, revelado en los Hechos y en las Epístolas, no se detiene en lo antropológico, en lo que afecta al hombre “per se”, sino que trasciende dicha esfera para hundirse en las realidades de lo social, de lo orgánico y de lo material. En este sentido tendríamos que hablar de un “materialismo histórico” bíblico.

Llegado este momento, es necesario que nos hagamos una reflexión histórica: ¿en qué contexto nació la Iglesia? Creo que todos lo sabemos: en el del Imperio Romano. El Señor Jesucristo desarrolló su ministerio en este contexto, es decir que el Kerigma (predicación) Evangélico nació en medio de un sistema imperialista, en medio de un sistema donde existían claramente marcas categorías sociales, categorías de ciudadanos, e incluso en medio de un sistema donde algunos ciudadanos no tenían categoría alguna. Nació, pues, en el contexto de la esclavitud y en el de la explotación del hombre. Ahora bien, si el Evangelio solamente fuese algo que va dirigido a las almas de los hombres; si el Evangelio en su esencia genuina, cuando todavía no estaba adulterado por lo teólogos, no tenía nada que ver con los problemas sociales y con los problemas económicos y políticos del mundo y por tanto era inocuo y aséptico bajo el punto de vista social, ¿por qué los poderes de Roma se conmovieron?

¿Por qué se inquietaron los detentadores del poder ante el mensaje evangélico de los primeros cristianos? Sencillamente, porque no era ni aséptico ni inocuo; más bien porque era auténticamente revolucionario y porque traía un mensaje de liberación para los hombres y para el mundo: porque denunciaba la esclavitud, porque ponía de relieve las desigualdades de las clases sociales, porque proclamaba la igualdad de derechos para ricos y para pobres y porque criticaba todas las diferencias injustas que el pecado había establecido entre los hombres; porque la Iglesia de Jerusalén vivió consecuentemente con sus principios esenciales en los primeros tiempos, se conmovió y se tambaleó el Imperio más grande que jamás haya existido en este mundo. En su esencia prístina el Evangelio y sus proclamadores resultaban peligrosos para las instituciones humanas y por eso surgieron las persecuciones, con la finalidad de exterminar la semilla del

Cristianismo. Cuando los cristianos han sido fieles al mensaje evangélico se ha entablado una lucha dialéctica en todos los tiempos, con todos los sistemas imperialistas de cualquier parte de la tierra. Esta verdad histórica debiera afectarnos de una manera seria y profunda.

El Imperio Romano persiguió a la Iglesia, persiguió a los cristianos e intento desarraigarlos, eliminarlos y destruirlos; porque el Cristianismo, con su mensaje y, sobre todo, con la traducción práctica en la manera de vivir de los creyentes, atentaba contra todo tipo de desigualdades, privilegios e injusticias, que dicho Imperio tenía institucionalizadas.

Si las afirmaciones anteriores constituyeran sólo la expresión de mi peculiar manera de ver las cosas tendrían poca importancia, pero dichas afirmaciones corresponden al sentir universalizado de todo el Nuevo Testamento. La epístola de Santiago, escrita por alguien que vivió directamente con Jesús y que no había borrado de su mente el Sermón de la Montaña, entiende que aquello que constituyó el núcleo fundamental del ministerio del Señor Jesucristo entre los hombres tiene que ver con la vida de la Iglesia aquí y ahora. Cuando se escribe esta primera carta, este primer documento que los creyentes van a manejar en los primeros tiempos, se le recuerda a la Iglesia que dejará de dar un mensaje de salvación completo, conforme a la Revelación de Dios, si convierte el Evangelio en una mera abstracción pneumática y se transforma en una institución religiosa. Lamentablemente, el Cristianismo se ha convertido en una religión y las iglesias cristianas en otras tantas instituciones religiosas que en múltiples ocasiones ya no sirven a los intereses de Dios, aunque le pongan a Él como estandarte, sino, paradójicamente, a los de los hombres.

*¿Cómo podéis vosotros creer,
pues recibís gloria los unos de los
otros, y no buscáis la gloria que
viene del Dios único?*

Jn. 5, 44

EVANGELIO REVOLUCIONARIO

Las reflexiones teológicas y sociológicas realizadas anteriormente nos llevan a una conclusión tajante: la Iglesia-institución ha estado siempre de parte de aquellos con los que Dios está en guerra. La llamada Iglesia primitiva fue perseguida, pero llegó un momento en que un emperador

romano “se convirtió” (tomémoslo como queramos) al cristianismo, y otro, después de él, declaró al cristianismo religión oficial del estado romano; y como consecuencia inmediata de esa declaración, en Roma ya no se perseguía a los cristianos, sino a “los paganos”.

Cuando reflexionamos en cuanto al pasado histórico de la Iglesia, y nuestra consideración pre-terita nos lleva a exclamar: ¡pobres creyentes! ¡pobres hermanos! que durante tantos siglos fueron perseguidos, humillados en los circos de Roma y destruidos, nos olvidamos que toda aquella masa de creyentes, que en un primer momento tuvieron un sentido genuino de la revelación de Dios y lo aplicaron concretamente a sus vidas, se convirtieron luego en una Iglesia institucionalizada y servían a intereses totalmente contrarios a los que había servido primero: ahora los perseguidos se convertían en perseguidores y los oprimidos en opresores. Esa es la historia del Cristianismo Nominal hasta el día de hoy. Seguramente alguien dirá: “Bueno, esto hay que verlo en la dimensión del cristianismo nominal y en cuanto se refiere a la Iglesia de Roma”. ¡No! No solamente ha sido opresora y perseguidora Roma; y para ver que esto es así, sólo basta repasar la historia del siglo XVI. En la misma se encuentra esculpido con letras de sangre lo que les pasó a aquellos creyentes que quisieron volver a la realidad de los Hechos 2 y 4, y cómo fueron llevados a las hogueras por los protestantes del Centro de Europa, que se habían convertido en una Iglesia institución y que detentaban el poder político de alguna manera. Eso ha ocurrido ahí, a la vuelta de la esquina de la historia, y ante esta realidad indiscutible tendríamos que preguntarnos: Y nosotros, ¿hasta qué punto estamos salvados de toda esa cuestión? ¿Alguna vez hemos pensado si, ideológicamente, en tantos momentos de nuestro devenir histórico, no estaríamos alineados en la dirección donde no deberíamos estar?

La Iglesia, en este ámbito amplio de los primeros siglos, se organizó siguiendo, exactamente, el modelo del estado político romano, y hasta el día de hoy el Papa aún ostenta el título de Pontífice Máximus que llevaron los emperadores romanos durante tanto tiempo. En el día de hoy tendríamos que preguntarnos si los Pontífices Máximus sólo están en Roma o también en alguna otra parte.

Que el Evangelio, proyectando su mensaje de salvación, conmovía los aspectos sociales, económicos y aún políticos de los pueblos y de las instituciones, está clarísimo. Voy a poner dos ejemplos que se encuentran historiados en el libro de los Hechos de los Apóstoles; dos ejemplos que corresponden a dos profundas conmociones que se origina en el seno y en el ámbito de dos empresas de monopolios capitalistas. El primero se encuentra en el capítulo 16 del libro de los Hechos y se relata a partir del verso 16 de dicho capítulo; ocurre la circunstancia cuando Pablo

estaba con Filipos y le salió al encuentro “una muchacha que tenía espíritu de adivinación”, la cual daba gran ganancia a sus amos, y ésta iba detrás de Pablo repitiendo, de alguna manera, lo que él decía. Al cabo de unos días, Pablo se cansó de “esta propaganda” y le dijo: “Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella”. “Pero viendo sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas y los trajeron al Foro ante las autoridades y presentándolos a los magistrados dijeron: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad y enseñan costumbres que no es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos; y se agolpó el pueblo contra ellos y los metieron en la cárcel y los llevaron hasta el calabozo de más adentro, y les pusieron en el cepo”, y etc., etc...¿Qué pasó aquí? ¿esto no nos dice nada? ¿sólo vamos a fijarnos en el aspecto de que Pablo predicaba el Evangelio, y que las personas que como Lidia y otras que escuchaban y se convertían, se bautizaban y ya todos tan felices? ¡No! aquí hay un problema muy serio. Aquí la predicación del Evangelio conmueve una comunidad; hay una problemática impresionante; se abren las cárceles, se cierran los cepos. ¿Por qué? pues, sencillamente, por un problema económico que suscita la predicación de Evangelio; los hombres y mujeres de esta ciudad estaban siendo engañados y pagaban su dinero; se trataba de un problema de robo, de estafa al pueblo y ese problema viene a ser puesto de manifiesto con la predicación del Evangelio, cuando la misma, como en esta ocasión, es genuina. Exclusivamente limitándose a predicar lo que era el mensaje de salvación, se armó el gran escándalo y los mensajeros dieron con sus huesos en la cárcel. Nosotros, normalmente, ya no vamos a la cárcel por estas cosas; alguien dirá: “¡ni falta que hace!” Yo pienso que alguna vez no nos vendría mal “una pasada” por la cárcel; quizá no con mucha frecuencia, pero sí alguna vez.

El otro ejemplo, que tenemos mucho más claro, porque éste que acabamos de historiar se refería a una empresa reducida, se encuentra en el capítulo 19 del libro de los Hechos y en su trascendencia es muchísimo más serio. Y ya los traductores e impresores de nuestras Biblias captan el sentido “de que algo, muy importante, pasó en Éfeso”, y al pasaje antes aludido le pone un titulito que dice: “alboroto en Efeso”. Pero no fue un alboroto. Fue algo muy grave. Allí sí que había una empresa montada a gran escala, y lo que allí ocurrió, que yo sepa, puede ser calificado como la primera huelga de derechas que se produce en la historia por la predicación del Evangelio. Hay un individuo que tiene montado un negocio terrible: Diana, la diosa de los efesios, la que había venido de los cielos, ¿convertida en qué?: Convertida en un problema económico, es decir, en un negocio. Encontramos aquí ligada la economía, la religión y el poder político. ¡Cómo siempre! y como consecuencia de la predicación del Evangelio, la salvación manifiesta una transcendencia

social, política y económica clarísima; aquí sí que se crea un gran problema de amplia dimensión, como se desprende a partir de lo que dice la Palabra de Dios desde el verso 24. “Porque un platero llamado Demetrio, que hacía de la plata templecillos de Diana, daba no poca ganancia a los artifices, a los cuales, reunidos con los obreros del mismo oficio, dijo: Varones, sabéis que de este oficio obtenemos nuestra riqueza” (las mejores traducciones dicen que lo que él reunió no fue sólo a los artifices con los obreros de ese oficio, sino a todos los obreros de oficios similares; con lo que se hizo la primera huelga en aquella ciudad, la primera protesta, porque el Evangelio y la predicación del mismo desmontaba un monopolio capitalista). El monopolio de la fabricación de imágenes era una gran fuente de riquezas y de ganancias; la predicación del Evangelio ataca a este tipo de estructura, abre a la gente los ojos a la realidad social, en la medida en que abre a las personas los ojos a la realidad de Dios. Y cuando la gente contempla esa realidad de lo trascendente, necesariamente tiene que abrir sus ojos en otras dimensiones: social, económica y política. Porque si Dios es el Dios de la libertad, y si Él fue el primero que levantó en la historia de la humanidad hombres que izaron la primera bandera de la libertad y se pronunció contra la opresión de los pueblos, yo no comprendo cómo un creyente o una Iglesia que se llame cristiana puede servir a una bandera que no sea ésta. Y si Dios es un Dios que se define a sí mismo como aquel Ser “que no hace acepción de personas” (y hay que partir de este concepto para entender la relación de Dios con el mundo, para comprender el ámbito de la salvación y para enjuiciar lo que debe ser la vida de la Iglesia), entonces yo no entiendo cómo los creyentes podemos justificar las diferencias que son injustas a los ojos de Dios. Dios no hace acepción de personas y, si nosotros queremos ser consecuentes con nuestra vocación, tenemos que tener en cuenta este principio.

¿Cómo puede justificar las clases sociales un creyente?

¿Cómo? ¿En base a qué? ¿Con qué argumentos?

En el capítulo 2 de la epístola de Santiago se habla de ese problema, y se habla de ese problema en los primeros tiempos de la Iglesia, porque ya la Iglesia se estaba desviando de la auténtica revelación de Dios. Resumiendo el planteamiento de Santiago: si entra en nuestra congregación un hombre con anillos y con joyas, un hombre rico, un hombre muy importante, y entra también un hombre harapiento y sin cultura, un hombre pobre, suele ocurrir que al rico se le coloca en un lugar preeminente y al pobre se le puede considerar como una basura. ¿Cómo se puede justificar eso desde el ámbito del Evangelio, cuando Dios es un Dios que no hace acepción de personas? Sencillamente porque nosotros hemos convertido el mensaje de salvación en una abstracción; y decimos: Dios no hace acepción de personas para que “las almas” se salven.

Hasta ahí todos iguales, tanto ricos como pobres; en este sentido, el Evangelio es para todos, a todos somos deudores.

¡Todo el mundo puede salvarse! Pero el otro aspecto, aquel que se refiere a diferencias económicas y sociales, ése es harina de otro costal. ¿Y si esas diferencias son una bendición de Dios? Es decir, si Dios me bendice a mí mucho porque soy un dechado de perfección y a los demás no los bendice porque son peores que yo, ¿no es eso justo? Yo no participo de esa apreciación y hago una crítica seria y radical a mi propia vida. Yo no vivo como entiendo que la Biblia y le Nuevo Testamento dicen que un creyente tiene que vivir. Si Dios no hace acepción de personas, nosotros tampoco debemos hacerla, y nunca tendremos argumentos para justificar aquellas que se hagan desde el ámbito y la vivencia, de lo auténticamente bíblico y cristiano.

El Evangelio presenta un mensaje de salvación con un sentido muy amplio. El contenido de este mensaje implica una serie de problemas que subyacen a la realidad del hombre: el problema de las clases sociales, el problema de las desigualdades entre los hombres, el problema de los pobres y de los ricos, el problema de la justicia social, el problema de la justicia distributiva, el problema de la justicia laboral. Todos estos problemas, ¿no están apuntados en la Biblia? Pongamos un ejemplo en relación con la problemática laboral: Una cosa es ser trabajador y otra cosa es ser obrero; un trabajador puede ser el dueño multimillonario de la cadena de 18 empresa que se levanta a las 5 de la mañana, ¡porque es un avaro! para llegar al trabajo antes que ningún obrero; pero un obrero es una cosa distinta: es un asalariado, es un individuo que tiene que vender la fuerza de trabajo para poder vivir; ¡y eso los cristianos tenemos que tenerlo en cuenta! Y por una razón básica y fundamental: porque no es así como Dios hizo las cosas en el principio. Dios no creó una tierra y la entregó a los hombres parcelada, diciéndoles: Esta parte más amplia y más fructífera te la doy a ti, porque eres el más privilegiado, más inteligente y perteneces a una clase superior; y este pequeño trozo miserable te lo ofrezco a ti, que no tienes ninguna importancia.

No fue así como Dios hizo las cosas; las hizo de otra manera, las hizo de una forma comunitaria, igualitaria, y comunista, si queréis, en el sentido de la Escritura. Pero nosotros hemos cambiado el sentido de las cosas, tal y como Dios las planificó, y hemos pasado de ser un pueblo con un mensaje revolucionario a todos los niveles (y no estoy hablando de los niveles de metralla, ni mucho menos, ya que nuestra arma es y debe seguir siendo la Palabra de Dios, la Biblia), un pueblo llamado a transformar el mundo, a ser un pueblo que se alinea con los movimientos más reaccionarios a lo largo de toda su historia. Es decir, actuamos en sentido

contrario a las motivaciones de Dios. Pienso que ya es tiempo de que nos concienciamos de nuestra postura.

*De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno
de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.*

Mt.. 25, 40

INOPERANCIA HUMANA DEL MISTICISMO

Hay dos actitudes de la Iglesia que creo no se pueden compartir a la luz de lo que dice la Palabra de Dios, pero que están ahí: una es la actitud del misticismo; la actitud del misticismo es aquella que produce una abstracción del Evangelio y lo convierte en un mensaje “para que las almas sean salvas”. Para esta actitud, “la salvación del alma, como una esfera dicotomizada del cuerpo, es lo más importante”. Sin embargo, la revelación bíblica pone, claramente, de manifiesto que lo más importante es que las personas se salven y no sólo que se salven las almas de estas personas. Para el Evangelio, la salvación tiene un aspecto totalizador, sobre toda la persona y no sólo sobre una parte de su estructura tectónica; pero para la actitud misticista lo que importa es darle a la salvación un sentido místico y desconectado de la realidad de las personas y de su entorno. Sinceramente creo que ¡Dios no piensa así!

Dios piensa que, evidentemente, lo más importante es la salvación trascendente del hombre con todo el contexto que eso conlleva. A este respecto tenemos un ejemplo clarividente, en el Nuevo Testamento y se refiere al pasaje donde se relata la historia del joven rico. Cuando este joven decide no seguir a Jesús, a pesar de la invitación que el Maestro le hace, algunos de los hombres que estaban allí le preguntaron al Mesías: “¿Entonces quién podrá ser salvo?” Y la respuesta fue: “Esto para los hombres es imposible, pero para Dios

¡NO! Los interrogadores dijeron: nosotros hemos dejado esto, y lo otro, y lo otro, por seguirte (se referían a que habían abandonado aspectos materiales, económicos y sociales, pertenecientes a la esfera de lo concreto en este mundo). ¿Y qué es lo que les dice Cristo? Vosotros que me habéis recibido a mí como vuestro Salvador y habéis dejado “tantas cosas”, tendréis esto, y lo otro, y lo otro, además de la salvación eterna, incluso en su dimensión plena y escatológica. No puede haber actitudes demagógicas: ésta es la voluntad de Dios. Por el

contrario, el misticismo, que se reviste de una capa de pseudorreligiosidad, es el que reduce, por su cuenta y riesgo, el Evangelio a algo puramente noético, pneumático y teórico y, por tanto, intrascendente. El misticismo interpreta, por ejemplo, Marcos 6:30-37 de la siguiente manera: la alimentación de las 5.000 personas después de el consiguiente milagro del Señor es aplicable a la predicación del Evangelio transformando la realidad concreta y material de panes y peces en símbolos, en palabras y en meras retóricas. Este pasaje nos enseña claramente la doble dimensión del ministerio del Señor Jesucristo aquí entre los hombres. Nos habla de que les predicó el Evangelio del Reino de Dios y que el contexto de esta predicación implicaba, necesariamente, una postura consecuente con las necesidades materiales de esta multitud. Los hombres y mujeres que rodeaban a Jesús y sus discípulos ¡tenían hambre! y esa necesidad primordial, acuciante, fisiológica y biológica supuso una seria preocupación para Jesús. Los discípulos entendían (al igual que tantos otros lo entienden hoy) que lo más importante para aquellas personas y casi lo único importante era la predicación verbal y elocuente del Maestro, y que una vez que ésta había sido realizada el Señor Jesucristo debía despedirlos para que fuesen a saciar su hambre material a otros lugares. Jesús no entendía esto así, sino que dirigiéndose a sus discípulos les dijo: “¡Dadles vosotros de comer!” Hoy la Iglesia mística, sofisticada, alejada de los principios básicos y entrañables del Evangelio, ha convertido en simbolismo y metáforas hechos como los que acabamos de comentar; es decir, ha convertido el Evangelio en una abstracción, dicotomizándolo de su realidad y dimensión social y pensando que no es misión de los creyentes la preocupación por las necesidades reales de los hombres que sufren de miseria y marginación cada día. Así en muchas portadas de revistas evangélicas, que son órganos de expresión ideológica de tantas otras Iglesias y denominaciones, podemos ver, ilustrada, la figura de una mano con un pan ofreciéndolo a una multitud hambrienta, con la siguiente interpretación alegórica: la mano es “la Iglesia”, y “el pan” es la Palabra de Dios para la multitud, que “es el mundo”, sacie su hambre. Si bien es cierto que el Señor Jesús dijo: “No sólo de PAN vivirá el hombre”, no es menos cierto que en esta misma afirmación el Señor está reconociendo que también “el pan material” es necesario para vivir. No se puede espiritualizar el antes referido pasaje de Marcos sin caer en la demagogia y en algo muchísimo más serio: en la adulteración exegética de la misma Palabra de Dios. Producir tal conversión mística es convertir al Evangelio en metáfora, es decir, proceder a una “espiritualización” deshumanizada del mismo. No tenemos autoridad para espiritualizar estas cosas, y la ética cristiana debiera de obligarnos a ser consecuentes con una ortodoxia

auténtica y fidedigna a los principios evangélicos y no a aquella otra “que ha sido importada a nuestro país e implantada en nuestras Iglesias por los que siempre han practicado el imperialismo a nivel de las conciencias”.

En el pasaje de Marcos que tenemos como fondo de estas disquisiciones hay algo de gran importancia, y es lo siguiente: los bienes materiales que Cristo les ofrece no suponen, en ningún momento, una coacción a la conciencia de los hambrientos para que se conviertan a una doctrina concreta, en este caso, para que se conviertan al Evangelio; y no puedo menos de hacerme a mí mismo esa reflexión: si alguien tenía conciencia de que la revelación bíblica era la verdadera, éste era sin duda el mismo Jesucristo.

La palabra de Dios dice que nosotros (los cristianos) estamos en este mundo “para hacer bien A TODOS, aunque mayormente a los de la familia de Dios”; no vamos a olvidar a la hora de las necesidades, a nuestra propia familia, a nuestra propia comunidad, pero tenemos QUE IR MAS ALLÁ con nuestro mensaje y con nuestro servicio. Hay que ir más allá para trascender nuestra propia comunidad y profundizar el mundo con nuestros principios. El mundo tiene hambre, y no precisamente de oír discursos, sino de ver y recibir realidades concretas; sin embargo, la predicación evangélica, la expresión verbal y pública de la revelación de Dios sigue siendo nuestra tarea fundamental; pero sólo tendrá credibilidad cuando sea respaldada por unas vidas que respondan con hechos aquello que expresamos públicamente como constituyendo los contenidos de nuestra fe.

Por otro lado existe la filosofía materialista del Evangelio, donde también se abstrae el contenido y la dimensión del mismo, y se ubica su mensaje en una parcela de tipo materialista. Esta manera de interpretar el Evangelio del Reino de Dios tampoco está conforme con la forma y el fondo de dicho Evangelio.

La dimensión auténtica de la predicación evangélica habría que contemplarla a la luz de lo que expresaron aquellos que en la mañana de la resurrección iban dialogando entre sí por el camino de Emaús acerca de todos los acontecimientos que tuvieron que ver con la vida, enseñanza y muerte de Jesús; y también de las palabras que escribió y con las que se encabeza el libro de los Hechos por el médico Lucas, para definir la realidad del ministerio cristiano. Lucas dice en Hechos 1:1 lo siguiente: “en el primer tratado, ¡oh Teófilo!, te escribí acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a HACER y a ENSEÑAR...” Eso es el Evangelio. Con dos palabras Lucas define toda la vida y el ministerio de Jesucristo: HACER Y ENSEÑAR. Queda bien claro que la autoridad de la palabra pública y privada de Jesucristo estaba respaldada y validada por una vida consecuente:

es decir, por hechos. La vida de Jesucristo y su mensaje sigue siendo el ejemplo supremo, porque Él es “el Autor y consumidor de la fe”. Obrar y predicar la Palabra, ésa es la cuestión definitiva.

*Id, pues, y aprended lo que significa:
Misericordia quiero y no sacrificio.
Porque no he venido a llamar a justos,
sino a pecadores, al arrepentimiento.*
Mt. 9, 13

ARREPENTIMIENTO Y CAMBIO

Hay un texto en el libro de los Hechos acerca del mensaje de la salvación, que dice lo siguiente: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”.

En medios cristianos se sabe perfectamente, o debería saberse, el sentido de las palabras “arrepentirse” y “convertirse”; la palabra “arrepentirse” significa cambiar la manera de pensar y cambiar la opinión. Ahora bien, cuando nos arrepentimos ¿en que sentido entendemos ese cambio? Porque cuando nosotros convertimos el Evangelio en una abstracción pneumática, estamos entendiendo que es cambiar la manera de pensar, que el arrepentimiento está circunscrito, exclusivamente, a la esfera de lo pneumático, de lo noético o de lo religioso, y en consecuencia afirmamos que tenemos que cambiar la manera de pensar (si somos cristianos) acerca de las vírgenes, acerca de los santos, acerca de la confesión auricular y acerca de no sé cuántas cosas más que constituyen otros tantos dogmas del catolicismo común o presupuestos teosóficos de cualquier otra religión; pero cambiar la manera de pensar y cambiar de opinión tienen un alcance que trasciende estos aspectos; tienen un alcance que abarca e incluye toda la dimensión de la vida de una persona y de la vida de una Iglesia. Una persona convertida o una Iglesia cristiana que sigue pensando como el mundo piensa, no está realizando su vocación trascendente en este mundo. Tenemos que cambiar la manera de pensar y el enfoque de muchas cosas, tantas cosas como el conjunto de aquellas que afectan a la vida misma; el cambio de la manera de pensar o el cambio de opinión que debe verificarse en la esfera de nuestro pensamiento como consecuencia de la metanoia, del arrepentimiento,

no puede restringirse a la esfera meramente espiritual, por muy importante que ésta sea, sino que tiene que extenderse a la esfera de los problemas sociales, los problemas económicos y de los mismos problemas políticos. Nosotros solemos decir que este tipo de problemas no nos concierne, que no son nuestros y que caen fuera del ámbito de nuestra vocación. Pero, ¿cómo no van a ser nuestros, si vivimos inmersos cada día en ellos? ¿Dónde trabajamos? ¿Quién nos gobierna?

¿Quién nos dirige? ¿Quién decide dónde van nuestros hijos, qué tipo de cultura se les va a impartir y de qué libertad de conciencia disponen? Si esto es así, ¿cómo no van a ser problemas nuestros! lo que ocurre es que intentamos dicotomizar los problemas para “no crearnos problemas”. Todo esto supone no que tengamos que integrarnos en esta o aquella institución o que estar afiliados a este o al otro partido político, sino que el Evangelio tiene una COSMOVISIÓN, que la SALVACIÓN implica esa cosmovisión, que nosotros vivimos en un mundo y que tenemos que ser consecuentes. Por ejemplo, cuando vamos a depositar nuestro voto para decidir algo en nuestro país, hay que pensarlo a la luz de la Revelación bíblica y no de nuestras tradiciones o de nuestros prejuicios. No sé si todo el mundo lo sabe, pero todos los humanismos se pueden reducir a dos: los de derechas y los de izquierdas. Ninguno de ellos se adapta perfecta o exactamente a lo que dice la Palabra de Dios. En muchas ocasiones nos ofuscamos porque pensamos que un humanismo, determinado, que parece tener en la cúspide de su sistema ideológico a Dios es el que tenemos que apoyar a la hora de aportar nuestro granito de arena a las decisiones colectivas de nuestro país; y que por el contrario otros humanismos que descartan a Dios como posibilidad mística u operante en la vida son los que tenemos que rechazar de una manera clara. Naturalmente que pueden darse las circunstancias de que el humanismo que parece mantener a Dios en la punta de su pirámide política, entienda a este Dios como un Dios opresivo, represivo, demandante de sacrificios humanos, respaldador de aquellos que quemaron a hombres y mujeres en las hogueras de la Inquisición o de los que bendecían cañones para destruir a pobres e indefensos seres humanos. Pero parece que todo esto no nos importa demasiado a la hora de decidir nuestro voto: por el contrario, sistemas políticos que incluso en algún momento de la Historia han tenido en sus declaraciones programáticas principios ateos o agnósticos, pero que en el contenido de su filosofía mantienen principios que se acercan muchísimo a los principios bíblicos y sobre todo novotestamentarios, estimamos que deben ser marginados de nuestra colaboración y apoyo. Los primeros tienen “un Dios” a su imagen y semejanza, tienen el Dios que les conviene, el Dios que oprime, que encarcela,

que arrasa, que forma pelotones de ejecución, que violenta la conciencia de los hombres, que persigue a los cristianos, que no se preocupa por las diferencias sociales sino que las fomenta, que establece los privilegios de los más ricos y fuertes y humilla a los más pobres y desvalidos, para los que considera que Cristo no vino a traer una LIBERACIÓN; mientras tantas veces humanismos que no tiene en su cabeza “un Dios” ni en sus programas, se acercan al mensaje de la Iglesia de los primeros tiempos. Todo esto hay que tenerlo en cuenta, porque, si no, vamos a seguir dando un testimonio nefasto en medio del mundo donde Dios no ha colocado. Con estas aseveraciones no estoy defendiendo a nadie, porque la postura del creyente debe estar por encima de cualquier partidismo ideológico, pero hay que saber tomar conciencia de lo que estamos haciendo, de lo que estamos defendiendo, de lo que estamos alimentando y por dónde tendríamos que caminar. Esto nos enlaza con un problema que tenemos al final del texto antes aludido del libro de los Hechos: “Arrepentíos y convertíos”; convertirse es “volver a”, y pienso que el sentido más profundo de “volver a”, incluso “volver a considerar”, es un sentido preamártico, en el sentido de algo que había antes de la entrada del pecado (griego: amartia) en este mundo; es decir, “volver a “ la esencia del pensamiento de Dios, volver a la esencia de los deseos de Dios, para que sean borrados, eliminados, blanqueados nuestros pecados y “para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”; la palabra “presencia” es muy interesante y significa rostro, faz, cara, frente, figura, persona y hombre. ¿Qué es lo que va a venir de la presencia del Señor? Todos sabemos esta verdad: El Señor Jesucristo va a establecer EL NUEVO HOMBRE, el hombre nuevo para establecer UN MUNDO NUEVO, sobre la base de su muerte y de su resurrección, pero de acuerdo con la Historia de la Salvación y con el plan de Dios para los hombres. El hombre nuevo es lo que se va a devenir en el futuro, y en ese hombre nuevo estamos integrados porque el tal no es tanto UN INDIVIDUO como es UNA PERSONA COLECTIVA, el reino de Dios. Sobre esa base se va a establecer el Reino de Dios en este mundo. Ese “hombre nuevo” también lo anhelan otros humanismos, pero su devenir ocurriría por vía y procesos diferentes a los contenidos en la revelación cristiana; no obstante, debemos tener en cuenta cómo la Palabra de Dios ha influido en la mente de los hombres para elaborar este concepto, aunque los hombres quieran establecer el “nuevo hombre” por su propia cuenta y en el marco de un sistema, realmente abocado al fracaso, bajo el punto de vista bíblico.

*Daré mi ley en su mente,
y la escribiré en su corazón; y
Yo seré a ellos por Dios,
y ellos me serán por pueblo.*

Jer. 31, 33

DIOS EN LA HISTORIA

Sería importante que nosotros fuésemos capaces de encontrar un sentido al devenir histórico. La Historia, ¿qué es? La Historia no es la sucesión de años, de meses, etc. ¡No! La Historia es algo muy serio; la Historia humana tiene que ver con lo que se llama la Historia de la Salvación.

Ahora bien, la Historia de la Salvación no es la Historia normal de Jesús de Nazaret, que nació en Belén, murió en la cruz del Gólgota y resucitó al tercer día. Como dijera en cierta ocasión un famoso escritor y político español: “¡No es eso, no es eso!” La última aseveración que hemos hecho, si queremos, es el centro de la historia de la Salvación. La muerte o el acto soteriológico de Cristo en la Cruz es el centro del tiempo y de la Historia, como decía en su libro “Cristo y el tiempo”, allá por el año treinta y tantos, el famoso teólogo y biblicista Oscar Cullman.

La Historia de la Salvación tiene que ver con la Historia humana. Dios tiene que ver con la Historia humana. Esta verdad trascendente y trascendental se pone de manifiesto en la Revelación a nivel del libro de Daniel. En este libro encontramos cómo Dios y su plan salvífico se relacionan íntimamente con la Historia; es decir, cómo la Revelación de Dios tiene que ver con la Historia. En aquella famosa visión o sueño del capítulo 2 de Daniel es de notar algo muy importante en la famosa imagen que se nos presenta; aquella imagen, con la cabeza de oro, los brazos y los pechos de plata, el vientre y los muslos de bronce y las piernas y los pies de hierro y de barro ha sido considerada desde muy diversas perspectivas. Y, generalmente, las diversas interpretaciones han estado impregnadas de prejuicios extrabíblicos, correspondientes a los sistemas filosóficos o políticos que llenaban el entorno histórico de los exégetas. Pongamos un ejemplo: aquel que hace referencia al rey Nabucodonosor como “cabeza de oro” de la imagen. Se considera que dicho rey y tipo de gobierno que encarnaba representa el tipo o modelo de gobierno ideal para cualquier nación de este mundo. Dicho de otra manera, que un sistema político traducido a la realidad por una monarquía absoluta y totalitaria es el sistema político ideal para que cualquier nación de este mundo pueda devenirse en la Historia y realizarse plenamente. Estas

aseveraciones por parte de teólogos “evangélicos” considerados “ortodoxos”, resultan sencillamente nefastas y constituyen una tremenda aberración, por no decir una contradicción flagrante.

La primera crítica seria, terrible, destructora, demolidora y en definitiva iconoclasta a la monarquía absoluta es la que el mismo Dios hace. Se describe la opinión de Dios sobre este tipo de gobierno en el capítulo 8 del primer libro de Samuel; y, como nos advierte claramente el Nuevo Testamento en las epístolas paulinas, “estas cosas han sido escritas para nuestra enseñanza y amonestación”.

El pueblo de Dios en aquella época, en definitiva el pueblo de Israel, quería y pedía un rey como las demás naciones. Si hacemos un análisis bíblico y sociopolítico de aquel momento histórico tenemos que llegar, necesariamente, a esta conclusión: se querían cargar el sistema de acracia, es decir, de falta de gobierno (entendida esta falta como ausencia del aparato político llamado Estado), que es condición indispensable para que tenga posibilidades de realización la teocracia, es decir, el Gobierno de Dios.

No entiendo cómo la consideración teológica de la imagen puede llevar a afirmar que el sistema más idóneo para el gobierno de un pueblo es el de una dictadura, y que además este sistema se pretenda apoyar y validar con la misma Revelación de Dios. Yo más bien veo en esa imagen una descentralización, progresiva, del poder; se parte del poder absoluto, concentrado, en un tirano y se va descentralizando dicho poder en una serie de gobiernos. De la monarquía absoluta se pasa a una especie de monarquía parlamentaria y posteriormente a aspectos democráticos y republicanos en los que el poder ha sido trasferido desde las minorías a las mayorías; es decir, desde los dictadores al pueblo.

La Historia tiene un sentido; y de alguna manera cuando el materialismo dialéctico o el materialismo histórico hablan del sentido de la Historia, aunque partan de presupuestos distintos de aquellos que se apuntan en la revelación de Dios, están apuntando a una verdad incontrovertible. Si la Historia no tuviese un sentido, la razón de ser del pueblo de Dios en la actualidad, la Iglesia, tampoco lo tendría. La Historia tiene un sentido y lo tiene porque la Historia tiene que ver con Dios y la misma no se mueve ni se deviene al margen de Dios. Dios no está abstraído de la Historia, ni de la realidad social, ni de la realidad económica, ni de la misma realidad política. Si esto no fuese así, entonces, ¿qué significó Abraham en su día? ¿El llamamiento de Abraham fue para un individuo solo o fue para todas las naciones de la tierra? La lectura del Génesis no deja lugar a dudas: “En tu simiente serán benditas TODAS las naciones de la tierra”. Y siendo así, dicho llamamiento ¿no implica problemas económicos, sociales y políticos, además de los pri-

mordiales de orden moral y espiritual? Yo creo que el llamamiento de Dios a Abraham implica la puesta en marcha del PLAN DE DIOS para la transformación cósmica del mudo; es decir, para la transformación del SISTEMA humano (sistema generado por la intervención del Príncipe del mundo). Esta transformación se va realizando en la Historia, mediante la realización progresiva del PROGRAMA DE DIOS en el devenir de los acontecimientos histórico- políticos de los hombres. Esta intervención de Dios ocurre en el TIEMPO y se marca de forma significativa en algunos MOMENTOS (griego Kairós) en que, de forma especial, algunas características fundamentales del Reino de Dios se abren camino en la Historia, y los presupuestos doctrinales de dicho Reino se convierten en hechos concretos y tangibles: es decir, el hecho Histórico.

Para esclarecer estas últimas aseveraciones, recordemos alguno de esto “Kairós” (momentos) acaecidos en la Historia humana. ¿Qué pasó con José? ¿Por qué Dios introduce en la Historia a este hombre?.

¿Dónde se mete el hijo de Jacob? A mi entender se introduce en el corazón mismo del mayor imperio que entonces gobernaba el mundo; y se mete en los problemas sociales, políticos y económicos de ese imperio. ¿Dejó, por eso, de ser un creyente fiel a los principios de Dios? ¿O es que tuvo una visión clara de lo que era su misión en el mundo como tal hijo de Dios? La fidelidad de este hombre no ofrece duda, ni da lugar a crítica de tipo alguno. Sus principios fueron siempre los principios de Dios y de su Reino, pero, a diferencia de muchos cristianos de hoy, supo aplicar esos principios al mundo en que vivía y favorecer la realización de los mismos en la Historia. Comprendió perfectamente que una de las características fundamentales que describe el carácter del Dios al que servía era aquella que dice: “Dios no hace acepción de personas”. Esta verdad, fundamental, impregnó el sentido de su vida y formó parte de los contenidos más preciados de su corazón. Para José, el establecimiento de la justicia dejaba al margen el sentido de los privilegios y de los privilegiados; y llegado el momento de poner en práctica (como diría el apóstol Santiago. “No ser oidores de la Palabra, sino también HACEDORES”) aquellos contenidos doctrinales que él tanto amaba, no dudó en cuanto al camino que debía seguir. Un día, cuando los ricos y los pobres tuvieron hambre (pero especialmente los pobres, dado que los ricos tenían sus graneros particulares en sus casas), él abrió los almacenes del Gobierno de Egipto para todo el mundo. Esto sólo lo podía hacer alguien que en su corazón tuviese injertado aquel principio al que antes hacíamos referencia: Dios no hace acepción de personas. Otros colocados en su nivel y arropados de los prejuicios de una vida religiosa, cómoda y socialmente condicionada, hubiesen actuado de forma bien diferente; hubiesen protegido los graneros en el ejército, los hubiesen

puesto a disposición del monarca y hubiesen permitido con indiferencia inmisericorde que los pobres y los humildes, es decir, los desposeídos, pereciesen de hambre. Una vez más hubiesen vindicado como de derecho divino la propiedad privada, como si Dios no hubiese hecho la tierra para todos y hubiese excluido a los más humildes de sus beneficios. No fue así lo que hizo José, sino que él, actuando conforme a los principios del reino de Dios, cumplió su cometido sirviendo a los hombres y sin traicionar dichos principios.

La Historia de la Salvación, y la Salvación misma, trasciende todos los problemas pneumáticos, anímicos y morales para alcanzar objetivos auténticamente materiales y humanos. En este sentido, el Nuevo Testamento afirma: “Haced bien a todos, mayormente a los de la familia de Dios”. Este es un desafío que todos los cristianos tenemos aquí.

*Y perseverando unánimes
cada día en el templo, y partiendo
el pan en las casas, comían
juntos con alegría y sencillez de
corazón alabando a Dios.
Hch. 2, 46-47a*

EL HOMBRE Y LA COLECTIVIDAD

En páginas anteriores hemos ido poniendo de relieve diversos aspectos de la Revelación de Dios que tiene que ver con la Historia y con las circunstancias socioeconómicas y sociopolíticas de los pueblos. Llegamos ahora a concretar lo que podría justificar, plenamente, aquel capítulo intitulado “El Comunismo Bíblico”.

Creo que hay cinco momentos “comunistas” en la Biblia: y, además, pienso que estos momentos están clarísimos para todo aquel que quiera acercarse, sin prejuicios, al estudio abierto y sincero de la Palabra de Dios.

La palabra comunismo tiene que ver directa y estrechamente con diversos términos que se encuentran en los originales bíblicos a nivel del Nuevo Testamento.

En el Nuevo Testamento griego la palabra “comunidad” corresponde al término KOINONIA, que significa comunión, participación en el común, lo que tenemos en común, de lo que partici-

pamos o participando en lo que tenemos en común. Derivado directamente del término griego “koinonia” nos encontramos con el término “comunista”; de ahí la interpretación filosófica- histórica que muchos autores han realizado acerca de la persona de Jesucristo de Nazaret, como el primer comunista o socialista de la Historia de la humanidad.

En el Nuevo Testamento se pone de relieve cómo Jesucristo, una vez inaugurado su dinámico y poderoso ministerio, no estableció una “institución religiosa”, pero sí que fundó una COMUNIDAD con sus primeros discípulos; en dicha comunidad existía “una bolsa común”, como expresión concreta y tangible de la comunidad de bienes que practicaba. En esta comunidad existía un compromiso ideológico que se traducía en implicaciones espirituales, morales, económicas y, a mi entender, políticas, en cuanto que la misma tenía como finalidad la predicación a los hombres del Evangelio del Reino de Dios. Evangelio que supone una alternativa, la única, para solucionar, de una vez y para siempre, todos los problemas espirituales, morales, sociales, económicos y políticos de todos los hombres y de todas las naciones. Como consecuencia de la actuación del Kerygma (predicación) en el Cosmos (mundo-hombres), surgiría la IGLESIA como UNA COMUNIDAD en el sentido pleno de la palabra.

El primer momento comunista de la Historia que tenemos reflejado en la Revelación de Dios se encuentra en el relato de los dos primeros capítulos de la Biblia; es decir, se trata de un primer momento comunista preamártico (o sea, de la situación en que se encontraba la humanidad antes de la entrada del pecado, griego “amartia”, antes del relato histórico del capítulo tres del libro del Génesis). Se trata de un momento muy importante porque recoge en su contenido ideológico y estructural la VOLUNTAD de Dios para la vida de la Humanidad en este mundo.

En los versículos 26 y 27 de los capítulos 1 de Génesis encontramos al hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Como he intentado demostrar en otras ocasiones, Dios es, para mí una Persona Colectiva y como consecuencia el hombre creado a imagen y semejanza suya también lo es. Esto es de la mayor trascendencia, porque ese Hombre y esa Mujer que Dios crea en el principio y a los que pone un solo nombre, ADÁN, constituyen el “masculino” y el “femenino” de una sola y única persona. Es decir, los dos son EL HOMBRE. A este hombre (Persona Colectiva – toda la humanidad) Dios lo coloca en unas circunstancias que están relatadas en los versículos 28 y 29 de Génesis capítulo 1, y dichas circunstancias y el contexto en el que se encuentran inmersas le dan un carácter claramente comunista. Dice el versículo 28: “Y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”, etc., etc. Más adelante, por ejemplo,

en el verso 15 del capítulo 2 de Génesis, encontramos: “Tomó, pues Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase”. En este momento de la Historia no hay diferencias entre el hombre y la mujer, en el sentido que históricamente se han ido deviniendo. Es necesario que notemos esto: que cuando Dios crea al “hombre” no hay diferencias entre el varón y la hembra. Esta creación del hombre se corresponde con algo que es la misma esencia de Dios; Dios es alguien “que no hace ACEPCIÓN DE PERSONAS”. El único que no establece diferencias, que no clasifica a los seres humanos por categorías sociales, para quien no hay pobres ni ricos. Todos los “clasismos” y todas las “clases” surgieron después de este primer momento comunitario o comunista; pero, desde luego, yo entiendo que no surgieron por la voluntad de Dios, sino en contra de dicha voluntad y como consecuencia inmediata de los efectos resultantes de la entrada del “pecado” en el mundo. En este primer momento no hay opresores ni oprimidos, y Dios pone la tierra delante de los hombres como posesión colectiva, donde cada individuo de esa persona colectiva (Adán) que constituye la humanidad tiene los mismos derechos y nadie tiene más derecho que nadie a la posesión del bien común: la tierra.

Los partidos políticos comunistas mantienen en sus programas y en sus declaraciones de principios este mismo ideal que, considerado bajo el punto de vista humano, puede resultar utópico, pero que no lo es cuando se considera desde el punto de vista de Dios. Dios no ha renunciado a la realización comunitaria de su programa y un día, que deseamos no esté muy lejano, lo va a establecer en esta tierra como una espléndida realidad que brota del corazón de su misma esencia. Se trata, pues, de una realización a devenir, históricamente, en el futuro, de una realización escatológica, pero nosotros los cristianos (que ya somos ciudadanos de los Cielos y miembros del Reino de Dios), que YA estamos aquí, en este momento, como Iglesia tenemos el deber vocacional y ético de dar, AHORA, testimonio de estas cosas; y tenemos que proclamar a los hombres la esencia de los principios del Consejo de Dios, entre otras cosas, porque pueden interpretarse mal y pensar que nuestros pensamientos y contenido ideológico discurren por otros cauces y se nutren de otras motivaciones diferentes a las que realmente deberíamos tener.

En este primer momento de la Historia existe una relación de igualdad entre los hombres; todavía no hay diferencias sociales, ni grupos sociales distintos, ni clases sociales institucionalizadas; las cosas y las personas están puestas en una dimensión comunitaria, pero aún más igualitaria y auténticamente comunista; se trata de un primer momento del devenir histórico-social e histórico-biográfico, donde la realización se canaliza y profundiza de forma colectiva. No debe-

mos olvidar nunca que la Biblia “no defiende la realización individual a ultranza”, sino todo lo contrario; la Biblia sostiene que la REALIZACIÓN PLENA DEL HOMBRE sólo se puede conseguir colectivamente; y esto porque la realización del hombre “se hace” y “se da” en Cristo, y Cristo es, también y fundamentalmente, UNA PERSONA COLECTIVA. Cada creyente no es “per se” un hombre nuevo; la Escritura dice que hay UN SOLO HOMBRE NUEVO, el cual es Cristo, y en la medida en que todos los cristianos nos encontramos integrados en Él, somos “el hombre nuevo”. Lo cual quiere significar que sólo podemos llegar a nuestra máxima realización de forma comunitaria (en comunión los unos con los otros).

Este mensaje de realización comunitaria, que constituye la esencia y el núcleo del contenido fundamental del programa del reino de Dios, lo tenemos ahí con el deber ineludible de entregarlos al mundo.

Sin embargo, este primer momento fracasó y la historia de su fracaso, sobre el cual no vamos a extendernos, está perfectamente historiada en el capítulo 3 del libro del Génesis.

*Después Moisés y Aarón entraron a la presencia del faraón
y le dijeron: Jehová el Dios de Israel dice así: deja ir a mi pueblo
a celebrarme fiesta en el desierto.*

Exo. 5, 1

LA PRIMERA REVOLUCION SOCIAL Y POLITICA

Siguiendo con el tema iniciado quiero subrayar ahora que el segundo momento comunista lo encontramos en el libro del Éxodo; se trata de una experiencia vivida por un pueblo que había sido rescatado de la esclavitud después de haber permanecido en ella durante más de cuatrocientos años.

Después del primer fracaso de experiencia comunista o comunitaria, al que me referí anteriormente, surgieron en el mundo las diferencias sociales, económicas y de todo tipo. En este segundo momento de la Historia, sobre el que se va a interpolar “otra experiencia comunista”, surgen las contradicciones que marcan la experiencia de la realidad: ricos y pobres, opresores y oprimidos, sabios e ignorantes, etc... Se establecen las diferentes clases sociales, surgen las desigualdades, las opresiones, los crímenes y todo esto como consecuencia de que los hombres

se han apartado del pensamiento y de las mismas motivaciones de Dios como aquel Ser “que no hace acepción de personas”.

Dios aparece en este momento de la Historia como el primer Gran Libertador de la Humanidad en la persona de Moisés y en relación con el pueblo de Israel que vive oprimido bajo el imperalismo egipcio. Dios tiene un mensaje para el rey de Egipto: “Deja ir a mi pueblo, para que me sirva”. La liberación de este pueblo tiene una finalidad concreta: el servicio de Dios, y este servicio implica, aquí y ahora, el establecimiento de un gobierno especial sobre este pueblo, que se completará en la segunda experiencia comunista de la Historia de la Humanidad.

Moisés se encontraba en una posición frente al pueblo que algunos no reconocían y de hecho no se la reconocieron en muchos momentos a lo largo de 40 años. Moisés había sido comisionado directamente por Dios para llevar adelante la primera revolución política y social seria de la Historia de la humanidad. A pesar de que no se reconocía “su autoridad”, no se dedicó este paladín de la libertad a levantar cárceles y encerrar en ellas a todos aquellos que no estuviesen de acuerdo con él; antes al contrario, supo buscar una alternativa democrática a la problemática planteada. En un primer momento actuó como líder único con cierta tendencia absolutista; pero cuando surgieron serios problemas para gobernar al pueblo, escuchó a un sabio consejero “político”, su propio suegro, que era un hombre que buscaba y vivía, en la medida de lo posible, lo que él entendía eran los caminos de Dios. Jetro le dio a su yerno una visión democrática del gobierno del pueblo, que más o menos podríamos concretar así. El gobierno de este pueblo es demasiado complejo para ti solo, es deseable que lo compartas con hombres idóneos que sean capaces de juzgar al pueblo y que te vayas descargando de responsabilidades y descentralizando el poder; tu autoridad debe dejar de tener aspectos y formas pseudooligárquicas para tomar aspectos más democráticos, más de acuerdo con los principios de Dios. Moisés aceptó esta proposición y a partir de ese día el pueblo de Israel comenzó a ser gobernado de forma democrática.

Cuando el pueblo llega al desierto vive en el mismo una profunda experiencia espiritual, moral y socioeconómica que dejará en él una impronta para la Historia y una profunda huella. En la experiencia comunitaria vivida tenían vigencia principios como éste: “Se repartía a cada uno según su necesidad”; la experiencia se concretaba objetivamente: “El que recogió mucho, no tuvo más, el que recogió poco no tuvo menos”. Estos principios estoy seguro que encuentran una resonancia y un eco en la esfera de nuestra intimidad, en los más elementales principios éticos de nuestra conciencia; son ahora principios que reconocemos, que nos “suenan”; ahora bien,

el hecho de que nos “suenen” no significa que AHORA nos convengan. Muchas veces me he preguntado por qué habremos olvidado epístolas como la de Santiago y he llegado a la conclusión de que realmente no las hemos “olvidado”, sino, sencillamente, “reprimido”; es decir, que las hemos desplazado de nuestra conciencia para que su contenido sea relegado a niveles inconscientes y para que sigamos viviendo una vida cristiana de meras apariencias, como si las mismas y su mensaje de verdadero compromiso no tuviesen nada que ver con nosotros. Lutero decía que la epístola de Santiago era “una epístola de paja” y, aunque teológicamente tenemos que mostrar nuestro total desacuerdo que el reformador, reconocemos que ni él mismo se daba cuenta de la gran verdad que estaba diciendo, dado que a la paja, si se le prende fuego arde, y el problema, en esta caso, sería que el fuego podría “quemarnos” a casi todos.

El segundo momento comunista del que nos venimos ocupando se encuentra relatado en capítulo 16 de Éxodo y en los versos del 13 al 18: “Y venida la tarde subieron codornices que cubrieron el campamento; y por la mañana descendió rocío en derredor del campamento. Y cuando el rocío cesó de descender, he aquí sobre la faz del desierto una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto? Porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo: Es el pan que Jehová os da para comer. Esto es lo que Jehová ha mandado: Recoged de él cada uno según lo que pudiere comer; un gomer por cabeza, conforme al número de vuestras personas, tomaréis cada una para los están en su tienda; Y los hijos de Israel lo hicieron así; y recogieron unos más, otros menos; y lo medían por gomer, Y NO SOBRÓ AL QUE HABÍA RECOGIDO MUCHO, NI FALTÓ AL QUE HABÍA RECOGIDO POCO; cada uno recogió conforme a lo que había de comer”.

Yo creo que esto no necesita comentario, que esta realidad habla por sí misma y refleja la voluntad de Dios para la vida de un pueblo durante 40 años. Ese pueblo estaba dispuesto en el mundo para llevar el mensaje de su manera de vivir al resto de los hombres. Yo creo que si Dios, en este momento, pudiese ya aplicar plenamente y de forma inmediata todos los principios de tipo político, económico y social que conlleva el Reino de Dios, lo haría, exactamente, de la misma manera.

Este hecho comunista de la Historia está ahí, como un testimonio irrefutable.

Siempre es posible que alguien diga: “Bueno, esto era para el pueblo de Israel; nosotros los cristianos no pertenecemos a ese pueblo, por tanto sus realidades, hechos y vivencias no nos incumben”. Pero las epístolas del Nuevo Testamento nos recuerdan, en varias ocasiones, “que estas cosas” han sido escritas para nuestra ENSEÑANZA y AMONESTACIÓN; dicho en otras palabras:

han sido escritas también para nosotros; para que nos concienciamos de la realidad de este mensaje y lo trascendamos al mundo.

Porque yo sé de vuestras muchas rebeliones, y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres.

Am. 5, 12

EL MOMENTO COMUNISTA DE AMÓS

Dentro de los diversos “momentos” comunistas que Cristo establece en su Palabra hay un “momento” muy importante, que gestionan los hombres. Este momento lo tenemos revelado en uno de los libros proféticos, concretamente en el libro de Amós. En el capítulo 8 de este libro (que, como todos sabemos, fue escrito por un pastor; es decir, por un hombre que vivía muy de cerca los problemas sociales, las injusticias y las consecuencias prácticas de las mismas, en el contexto de la vida real, es decir, en el contexto de la institucionalización del pecado en el mundo), Amós dice: “Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos (esta explotación no ha desaparecido del mundo), y arruináis a los pobres de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el mes, y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza (¿para qué?) para comprar a los pobres por dinero”? Algunos de los “humanismos que tanto se critican desde la óptica del cristianismo evangélico surgieron en este mundo como consecuencia ineludible de todas estas cosas y del silencio de la iglesia y del cristianismo acerca de estos problemas; porque no podemos pasar por alto la distancia histórica que va desde finales del siglo XVIII hasta la época en que se escribe el libro de Amós. Miles de años de historia y de silencio ante un mundo sembrado de injusticias, período de tiempo en el que “la comunidad salvífica” no ha dado al mundo el testimonio que éste necesitaba. El profeta Amós sigue diciendo en su libro: “Jehová juró por la gloria de Jacob: No me olvidaré jamás de todas sus obras”; y al final de este capítulo 8 recoge su pensa-

miento en el versículo 11: “He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni de sed de agua...” El libro de Amós plantea un problema trascendente, bajo el punto de vista espiritual y sociológico. Plantea el problema de los oprimidos, de los pobres, de los vejados de la tierra, de la compra del hombre por dinero; es decir: el problema de todos los estafadores, de todos los detractores de la humanidad. Toda una visión de la historia del mundo.

El sistema capitalista constituye un sistema, fundamentalmente, opresor; sin duda surgirán las discrepancias críticas de aquellos cristianos evangélicos que estarán disconformes con nuestro aserto. Dios, en la persona de su Hijo Jesucristo, como dialéctica última plantea la cuestión entre Él y el Dinero. Este planteamiento dialéctico se encuentra ahí, en el mismo corazón de la revelación novotestamentaria; y, por si fuese poco, en el mismo núcleo del Sermón de la Montaña. Lucas recoge perfectamente este sentir cuando, historiando la misma Revelación, nos dice en su Evangelio: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”.

Bajo el punto de vista histórico-dialéctico esta confrontación, que nace de la esencia misma de la naturaleza divina, constituye el último momento del devenir histórico de la humanidad. Es la última dialéctica de la Historia. Es por esta razón básica que no podemos despreciar las aportaciones de personas que, por muy ateas que hayan sido, han servido para poner de relieve esta confrontación dialéctica que encontramos en las Sagradas Escrituras. Ante esta realidad clarificadora nosotros ni podemos ni debemos permanecer mudos, al margen de todas estas cosas, porque parecería vergonzoso que un cristiano se identifique con principios vejatorios para los hombres.

La Palabra de Dios afirma enfáticamente: “No podéis servir a Dios y a las riquezas”. Pero hay más: cuando el apóstol Pablo escribió su primera epístola a Timoteo, en el capítulo 6 habla de la piedad como fuente de ganancia (es decir, del servicio que se hace a los hombres, en el nombre de Dios, como instrumento de explotación de los mismos), donde ya se implican no sólo los sistemas políticos sino también los religiosos; de tal manera que unos están al servicio de los otros para engañar a los hombres y desviarlos no sólo del camino que conduce a la salvación en el sentido pneumático, sino de toda la salvación, aquí y ahora: salvación para esta vida, que también está implícita en la salvación metafísica, “porque la raíz” (la palabra raíz tiene el sentido de la esencia de algo; de la pura esencia de una circunstancia) de todos (se emplea un término que tiene el significado de todo en el sentido absoluto, no habiendo nada que pudiera escaparse a

dicho sentido) los MALES es el amor al DINERO. Esta interpretación bíblica de la historia, bajo el punto de vista económico, me parece de una claridad meridiana; no hace falta, para el cristiano que acepta la Revelación de Dios y que desea ser honesto con su propia conciencia, que hubiese habido un Carlos Marx o un Federico Engels para que clarificasen conceptos de la experiencia humana, que ya están tan explicitados en la misma Biblia. La vergüenza es que a los cristianos hayan tenido que decirnos esto desde el marco de filosofías humanísticas y de sistemas político-sociales extracristianos. Cuando la Iglesia auténtica se convirtió en una Institución (con influencias humanas de naturaleza político-social), cuando fue declarada Iglesia Oficial por el Imperio romano y pasó a ser una “Iglesia religiosa”, es decir, una “Institución religiosa” al servicio del poder político para defender los “intereses” del dios de las riquezas, comenzó a proclamar a los hombres un mensaje reaccionario, cuyo contenido se opone, obviamente, a los presupuestos básicos del Kerigma evangélico: “Vosotros debéis conformaros con vuestra pobreza y dar gracias a Dios por vuestra miseria, dado que el sufrimiento que experimentáis es una garantía para que se os abran las puertas del Reino de los Cielos”; “Sufrid aquí todo lo que haya que sufrir; vejaciones; hambre, desnudez, marginación... ¡lo que sea!, y no os preocupéis de aquellos que detentan el poder o la riqueza, porque en el “más allá” recibiréis una recompensa más que gratificadora”. A mi entender no es ésa... no tiene que ser ésa la actitud que un cristiano debiera adoptar incentivado por el contenido del mensaje del Evangelio.

Tampoco Juan el Bautista entendía el sentido del Reino de Dios interpretado de forma reaccionaria. Un día se presentó en el palacio del Rey Herodes, en una actitud de verdadera indignación ante las injusticias que el monarca cometía, y le dijo de forma desafiante y abierta: “No te es lícito tener...” en esa frase entiendo que iban implicadas muchas cosas y que su mensaje, contundente, no se puede reducir a una mojigata interpretación moralizante. Asimismo, al apóstol Pablo despertaba con sus predicaciones, en consonancia con el mismo sentir de toda la Revelación, verdaderos “escándalos” entre los hombres que tenían intereses creados de carácter económico y político, dado que en sus mensajes tocaba “cosas candentes”, que eran fuente de ganancia para los poderosos de su tiempo. En uno de inolvidables discursos ante los representantes del máximo poder político existente, instó a sus interlocutores y oyentes a que “¡ojalá que todos vosotros fuérais hechos como yo (es decir cristianos), salvo estas CADENAS”. DE UNA MANERA CLARA, EL APÓSTOL Pablo se pronuncia aquí no por una dicotomización del Evangelio, al conectar su deseos de conversión para las autoridades con el hecho de abogar por la abolición de la esclavitud en el mundo; esclavitud que es contraria (se presente ésta en

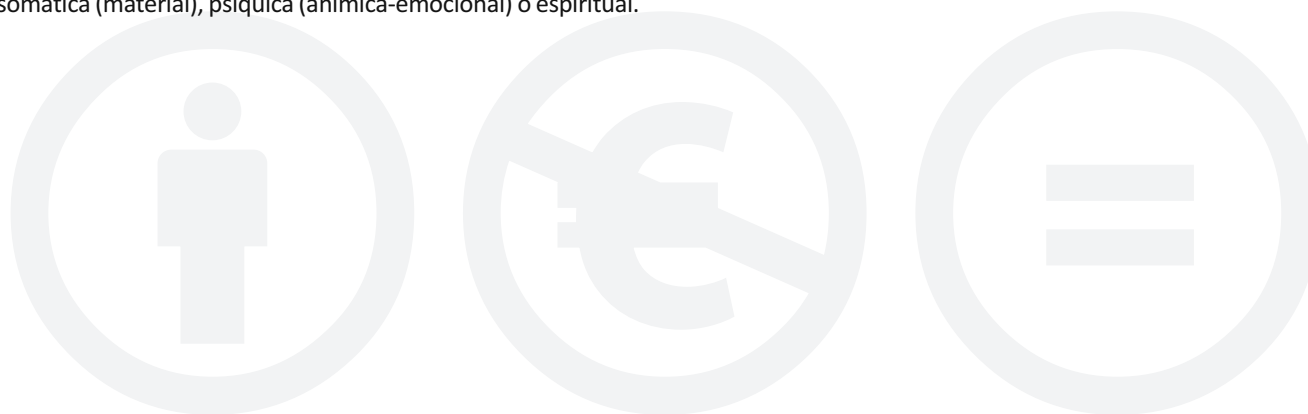
el terreno humano, político, económico o social) a los principios de Dios, y que nosotros, los cristianos, no podemos apoyar en forma alguna, dado que más bien tendríamos que constituirnos en heraldos y adalides de la libertad. No podemos convertir el mensaje novotestamentario en una mera abstracción que tenga como finalidad la salvación dicotomizante “del alma” como elemento trascendente pero aislado de la persona. Cristo nos ha hecho libres en muchos sentidos, en una dimensión que no tiene límites, y no debemos espiritualizar una libertad que tiene evidentes connotaciones con toda la realidad psicosocial, socioeconómica y sociopolítica de la persona; no se puede hacer trascendente y simbolizar eufémicamente la realidad palpable del aquí y ahora; no se puede espiritualizar “a los pobres”, “a los oprimidos”, y “a los cautivos”. La Biblia va mucho más allá de una mera espiritualización de esta problemática. Y esto por una razón evidente: el amor de Dios a los hombres, que implica su compromiso con todos los problemas de los mismos, en todos los momentos de su devenir, y en todas y en cada una de sus circunstancias existenciales.

Volviendo al “momento” comunista del libro de Amós, tenemos que confirmarlo, en el devenir histórico-social, como un fracaso. El fracaso se da porque los hombres, en sus esfuerzos (al margen de Dios y de los contenidos de su Revelación) para resolver su compleja problemática, se van al otro extremo, es decir, al materialismo.

Por un lado tenemos el misticismo de la Iglesia, el silencio de la misma reprimiendo la Palabra de Dios, impidiendo que dicha Palabra se filtre a través de los cristianos e impregne al mundo con su impronta reveladora. Resultado de todo esto es que hemos dejado a los hombres en la más completa oscuridad y los mismos han tenido que elaborar sistemas alternativos que tampoco ofrecen soluciones válidas, pero que en muchos momentos de la historia han tenido que ser, necesariamente, críticos respecto a la Iglesia. Bajo el punto de vista teológico, la misma Revelación de Dios nos enseña que el “Príncipe de este mundo” (el diablo) tiene un compromiso con los hombres que desea mantener. Ese compromiso lleva implícita la promesa hecha al hombre hace milenios: “Serás como Dios”. El príncipe de este mundo viene influyendo, a través de toda la historia humana, para que los hombres inventen un sistema que permita un día al mundo llegar a ese momento histórico, fraternal e igualitario, semejante al que Dios quiso plasmar en la tierra desde el principio. Esa es la verdadera razón que informa y está detrás de todos los humanismos progresistas. En el profeta Amós contemplamos la realización escatológica del sistema humano (momento comunista) y su fracaso. El fracaso del hombre y el triunfo del comunismo bíblico, es decir, del comunismo de Dios.

Cuando llega el momento histórico en que los hombres, basándose, fundamentalmente, en estudios socioeconómicos, parecen haber elaborado, institucionalizado un sistema que viene a solucionar todos los problemas de la humanidad, es entonces cuando surge la verdadera dimensión espiritual del hombre, su hambre y su sed; no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios. Jesucristo dijo: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

La alternativa de los hombres es una solución incompleta, precisamente porque es parcelaria y dicotomizante, no ocupándose más que de la dimensión materialista del ser humano. La alternativa de Dios es, en su esencia prístina, trascendente y válida porque tiene una oferta universal, integral y totalizadora; es decir, apunta a la solución de toda la compleja problemática del ser humano, ya tenga ésta una dimensión somática (material), psíquica (ánimica-emocional) o espiritual.



Capítulo IV

El Evangelio integral

Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo y diles: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis; Porque el corazón de este pueblo de ha engrosado.
Hch. 28, 26-27

MONOPOLIZACIÓN DE LAS CONCIENCIAS

En la actualidad, el Cristianismo está viviendo un momento de confrontación dialéctica entre la Ciencia y la Biblia. Algunos especialistas dirían que se trata de un “momento sociológico”. En tiempos anteriores ha habido claras confrontaciones de tipo astrofísico y astronómico, que han influido en la formación de ideologías, de culturas, de filosofías y, en general, en el pensamiento de los hombres. También ha habido confrontaciones antropológicas importantes, y aún hoy las hay. Pero en nuestros días vivimos, sobre todo, una confrontación sociológica muy seria, porque parece que la Ciencia está recurriendo a argumentos para cuestionar la revelación cristiana y su validez como alternativa para los hombres.

Precisamente ese momento de tensión sociológica ha motivado los sistemas de tipo filosófico, sociológico y principalmente de tipo sociopolítico surgidos a partir del siglo XIX. Y esto llegó a ocurrir cuando el hombre se enfrentó con una realidad presente en su vida: la larga existencia del Cristianismo. Este llevaba mucho tiempo funcionando y pretendiendo tener una alternativa a los problemas humanos, pero parece ser que esta alternativa no servía a los hombres. Era como si el Cristianismo que ofrecían los cristianos sirviese sólo para algunos aspectos de la vida y no para otros; como si se preocupase tan sólo de aspectos anímicos y pneumáticos del hombre, y no de otros más prácticos; como si fuese un Cristianismo parcial para algunos aspectos de la

existencia humana y excluyente para otros; como si fuera, en fin, una religión sólo para el alma del hombre y no para el cuerpo del hombre. Pero, en realidad, no existe este Cristianismo en la Biblia. Más bien, es el que nosotros hemos inventado, generado, gestado, fraguado a través de la Historia. Pero no es el Cristianismo de la Biblia.

Por el contrario, la oferta del Evangelio, que se centra en el acto soteriológico de Cristo, no es un Evangelio para el alma de las personas: es un Evangelio para las personas. Y nosotros hemos perdido este sentido intrínseco.

Predicamos, generalmente, un mensaje evangélico para el alma, para el espíritu, para el corazón, pero no para el ser humano que los posee. Y así, hemos dividido y dicotomizado la realidad de las personas, tomando lo que nos interesa y rechazando el resto.

Como tantas veces a través de la Historia, hemos proclamado que el Evangelio no se debe politizar, pero hemos hecho lo contrario. Al decir que el Evangelio no debe ser politizado por ninguna ideología, deberíamos tener en cuenta que tampoco se puede ideologizar el Evangelio porque no es una ideología. Es algo mucho más serio y profundo.

¿Por qué hemos politizado la Palabra? Porque hemos entendido, en general, que politizar el Evangelio suponía hacerlo desde la izquierda y nada más. Así se entendía la politización evangélica, sin darnos cuenta de que, a través de la Historia, consciente o inconscientemente, lo hemos politizado también por la derecha. Y lo hacíamos defendiendo sistemas de valores que no son asumibles por el Evangelio auténtico, ya que éste es crítico contra cualquier instrumentalización política del hombre. Totalmente crítico y radical, en el sentido de que es la única alternativa que va a la verdadera raíz de los problemas.

Pero se nos plantean más interrogantes: ¿por qué ha fracasado el hombre? ¿Por qué todas las filosofías humanas -esto es una realidad innegable- han fracasado? La humanidad siempre ha tenido y aún tiene problemas muy graves que deberían haber sido solucionados por los sistemas de los hombres. Pero no ha sido así. ¿Cuál es, pues, la verdadera alternativa del Evangelio? O, dicho de otra manera, ¿en qué forma debemos presentar el Evangelio para que aparezca como alternativa válida a estos problemas insolubles para los sistemas humanos? Nuestro mensaje, ¿qué contenido ha de tener? No solamente un contenido teórico, porque mientras nos estancamos en un Evangelio de palabras, de discursos, de concentraciones, de grandes movilizaciones de masas, de espectacularidades, de condicionamientos no muy éticos que se hacen en nombre de Dios a las conciencias de las personas, seguiremos sin aportar soluciones. Esta es la historia del pueblo evangélico español, y de otros, que en muchos aspectos: ha presentado un

Evangelio que coloniza las conciencias y no las libera. ¡Debemos despertar! ¡Hemos de levantarnos para, con el Evangelio precisamente, liberar a las conciencias de esa instrumentalización y colonización! Y quiero puntualizar algo importante: no digo que las personas culpables de este error lo hayan hecho con una intención malsana; sólo afirmo que esto ha ocurrido, que es un hecho histórico y que nos está impidiendo el avance en nuestros días.

Retomemos el sentido de nuestra responsabilidad como pueblo evangélico español. Es bueno que en las Escuelas Dominicales y en los púlpitos se enseñe a niños y mayores quién fue Spurgeon y otros personajes famosos de la Historia del Evangelio en Europa y en otros países. Pero es muy grave que, en nuestras congregaciones, no se conozca la historia de los evangélicos españoles. Tenemos que despojar nuestro testimonio de estas deficiencias, presentando nuestra personalidad tal como es. Tenemos una idiosincrasia, una tradición histórica como un pueblo evangélico que debemos retomar y no permitir que nadie la arrebathe. Sólo de esta forma sustituiremos la monopolización de las conciencias, por manejos humanos del Evangelio, colocando en su lugar la Liberación plena de Cristo, que un pueblo, el español, demanda de nosotros urgentemente.

*El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido
para dar buenas nuevas a los pobres;
me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;
a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos.*

Luc. 4, 18

CONTENIDO Y TRANSMISIÓN DEL EVANGELIO

En cierta ocasión, a raíz de unas reuniones que se celebraron en un lugar de España, en un periódico evangélico leí una cosa espantosa; espantosa y preocupante. Quiero denunciarla aquí, pero debo decir que los cristianos evangélicos españoles, en cuanto tales, somos solidarios con cualquier hermano de cualquier parte del mundo y de cualquier nacionalidad. Ahora bien: la historia del testimonio evangélico en España tenemos que hacerla nosotros. Y ya es hora de que la vayamos haciendo. Yo leía en el periódico citado las siguientes ideas, vertidas, por cierto, por alguien no español: “para predicar el Evangelio, para buscar a las personas, para aumentar la mem-

bresía de las iglesias, para que la gente se convierta, para que aumente el movimiento del pueblo evangélico español, para anunciar la salvación a los españoles ¡un español! Para edificar, adoc-trinar y formar las iglesias... los extranjeros son las personas más capacitadas”. En mi criterio esta forma de pensamiento es muy grave, porque ésta influirá en la orientación que se dará a la formación de otras personas. Y creo que ya es hora de que el lavado de cerebro en este sentido termine; debe acabar esta monopolización de las conciencias. Hay hombres y mujeres en el movimiento evangélico español capaces no sólo de evangelizar, sino de formar, de informar, de adoctrinar y de ser maestros y enseñadores en las iglesias. Ellos son quienes deben hacerlo.

Por otra parte, hemos de saber cuál es nuestra misión en estas tareas. La esencia fundamental del Evangelio se contiene en los versículos de Isaías leídos por Jesús en la sinagoga de Nazaret. El Evangelio no es sólo palabras. Las palabras tienen credibilidad cuando van acompañadas de los hechos. El Evangelio ha de preocuparse por los pobres y por los quebrantados de corazón, por los que están en la cárcel y por los oprimidos. Es decir, por todos los desheredados del mundo, en definitiva.

Sé que el Evangelio no hace discriminación. Sé que las puertas de la salvación están abiertas para todos los hombres, porque tenemos un Dios que no hace acepción de personas. Pero sé también que dentro de esa revelación y de ese contenido evangélico, Dios ha mencionado a algunos de manera especial. No es que el Evangelio sea especialmente para los pobres y no para los ricos: es para todos por igual. Pero los pobres, los oprimidos y los que sufren están mencionados por Cristo específicamente; y esto no lo podemos borrar de las páginas de la Biblia. Nosotros no debemos presentar un Evangelio espiritualizado. No podemos recomendar únicamente al que tiene hambre, sed y está oprimido que ore mucho porque Dios le va a solucionar todos sus problemas.

Cristo mismo no actuaba así. En cierta ocasión, Juan el Bautista tuvo dudas acerca de si el Señor Jesucristo era o no el Mesías. Envió a algunos de sus discípulos a preguntarle: “¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?” La respuesta del Señor no fue: “Estoy haciendo grandes predicaciones, estoy echando enormes discursos, las multitudes me siguen, todo el mundo levanta las manos en las reuniones donde predico...” No habló así Jesús, dijo: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados...” Actos muy concretos. Y añadió algo muy importante, algo que no se puede espiritualizar porque sería ir en contra de la propia interpretación del Espíritu Santo y de Dios: “A los pobres –de verdad, no demagógicamente– les es predicado el Evangelio”.

¿Por qué puntualizó esto? Porque de los pobres nadie se ocupa, son los grandes marginados de la Historia de la humanidad. La alternativa presentada por Dios, característica suya y del Evangelio, supone la preocupación por aquellos de los que nadie se preocupa. Cristo vino a decir: “Lo que veis y oís, es lo que debéis comunicar a Juan. Estáis viendo una preocupación por problemas determinados y su solución”.

Repito que no se puede espiritualizar el Evangelio e invitar a la gente para que sea sanada en un terreno meramente espiritualizado y hacer después lo mismo que aquel sacerdote que pasaba por le camino, junto aquel hombre herido; tenía un contenido ideológico, unos conocimientos escriturarios y un ministerio, pero pasaba indiferente junto al hombre cargado de problemas.

El Evangelio ha de tener un contenido real y somos nosotros quienes hemos de dárselo con nuestra vida. Dos palabras, empleadas por Lucas, definen el ministerio del Señor Jesucristo en este mundo. Están en el libro de los Hechos: “Las cosas que Jesús empezó a HACER y a ENSEÑAR”. En este orden. Hay que predicar el Evangelio, hay que hablar de la alternativa que supone, única válida para los hombres. Yo estoy convencido de que el Evangelio en el que hemos creído tiene la solución para los hombres; pero no una solución teórica, sino real. Una solución espiritual y moral, pero también material. Esto es lo que debemos anunciar al mundo, que en parte está fracasando en sus problemas, porque nosotros no hemos presentado correctamente esa alternativa.

Incluso es posible que muchos movimientos sociales que se han levantado en el mundo, como el marxismo, el comunismo o el socialismo, movimientos que pretenden liberar al hombre de sus problemas, no hubieran surgido jamás si el Evangelio hubiese sido vivido por los cristianos de otra manera. Todo lo que estos movimientos han dicho, ya lo expresó la Revelación y lo denunció cuando no se cumplía, incluso en las epístolas que las iglesias siempre han tenido en sus manos, como la de Santiago.

Nosotros tenemos una gran responsabilidad. Una vez, Cristo mando a sus discípulos por el mundo a HACER y a PREDICAR; las dos cosas. Les había ordenado que beneficiaran al mundo y que anunciaran el reino de Dios. Cuando volvieron, le contaron todo lo que había pasado. Después, mientras subían camino de Jerusalén, caminando el Señor hacia su Cruz, Él les hace una pregunta que es un desafío para nosotros hoy: “¿Quién dicen los hombres –los hombres, no ellos, no la iglesia, no los cristianos– que es el Hijo del Hombre?” Y se lo pregunta a los que son creyentes, a los discípulos. Como si quisiera decir: “Ahora que habéis salido, que habéis actuado en el mundo; ahora que habéis predicado y enseñado, ¿qué CONCIENCIA tiene el mundo de MÍ?”

No sé si advertimos claramente esto: Vivimos en un Estado como el español y nos quejamos de que el pueblo evangélico es pequeño –y es verdad– ; de que la obra no crece; de que, en algunos lugares, pasan 15 ó 20 años sin que la iglesia aumente más que por generación natural, por los hijos de creyentes que van a la congregación (y algunas veces estos niños no son precisamente cristianos). Es el momento de preguntarnos: en España, ¿quién dicen los españoles que es el Hijo del Hombre? La respuesta no será clara. Los hombres y mujeres de nuestro país no saben quién es Jesús. Los discípulos habían salido al campo, habían predicado, habían enseñado, habían podido cambiar la opinión equivocada de la gente. Pero sabían, como nosotros, que su pueblo y el nuestro no tenía una conciencia clara acerca de Jesús.

Nuestra es la responsabilidad de transmitir una contestación adecuada a la pregunta que hoy azota a España. “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”

Epílogo

La revolución pendiente

Durante el reinado de Herodes el Grande (año 4 a. C.), en Belén de Judea nació un niño en el seno de una familia humilde. Sus padres eran descendientes del rey David (Luc 3:15) y, como tantos otros israelitas, esperaban expectantes la llegada del Mesías. Habían transcurrido unos cuatrocientos años desde que la voz poderosa del profeta Malaquías denunciara la falta de fidelidad y compromiso del pueblo de Israel con su Dios, Padre y Señor (Malq 1:2-3 y 6-7; 2: 11-15; 3: 7-9 y 13-15), al mismo tiempo que les transmitía un mensaje escatológico de esperanza: “Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá Salvación. He aquí yo os envío al profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera a la tierra con maldición” (Malq 4:2 y 5-6).

Más allá del desarrollo de la historia humana se devenía, en el mismo corazón de Dios, el Plan Económico de la Salvación para “reconciliar con Dios todas las cosas, así las que están en la tierra, como las que están en los cielos” (Col 1:20). La Historia de la Salvación se insertó en la historia humana cuando el Verbo (el Hijo de Dios: Dios mismo en su esencia pneumática, o espiritual) se hizo carne. (Juan 1:14).

La humanización, o antropologización de Dios tenía –y tiene– como finalidad metafísica, me-tahistórica y transhistórica nada menos que la divinización del hombre (2ª Ped 1: 3-4 y 1ª Cor 15: 22-28). Esta Creación, según afirmaba certeramente Teilhard de Chardin, está en un continuo devenir, un devenir que se verifica, intrahistóricamente, impulsado por el poder dinámico del acto soteriológico (salvífico) de Cristo en la Cruz del Calvario.

Siguiendo a Teilhard de Chardin, el Cristo, hijo de David e hypóstasis de Dios (Heb 1: 1-3) –es decir: su sustancia, materia y realidad–, “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las

cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:1-3). El Punto Alfa irá transformando la Realidad (espiritual, moral, material, humana y cósmica), desde la misma interioridad del Mundo, hasta culminar en el Punto Omega (Apoc 21: 6), en el Cristo Cósmico; Punto supremo de la acción salvífica de Dios que coincide, en el tiempo y en el espacio, con la creación de “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales morará la justicia” (Apoc 1:8 ;21:1; 2ª Ped 3:13 y Isa 65: 17-25).

En la actualidad, ya sumergidos en el tercer milenio de la era cristiana, vivimos ya –como diría Oscar Cullman– en los últimos tiempos, en los tiempos escatológicos que, teológicamente, se definen como mesiánicos (1ª Juan 2: 18-20; 1ª Ped 1: 18-20; 1ª Cor 15:45-48 y Hech 2: 16-21). Esta realidad salvífica se asienta en el hecho trascendente e incontrovertible de que Jesucristo –el último hombre, el segundo Adán, el hombre nuevo– nació, vivió y murió en el decurso de la Historia humana (Efe 2: 14-16), para que el Plan salvífico de Dios pudiera realizarse con alcance antropológico y dimensión cósmica.

Aquel niño indefenso, de condición humilde, hijo de una mujer virtuosa y sencilla y –“según se creía”– de un carpintero llamado José, que vio la luz de este mundo por vez primera en los soportales de un mesón, era el resultado del proceso kenótico de Dios (Fil 2: 5-8); es decir, en Él, el Hijo de Dios (la forma de Dios, la realidad en manifestación) se había hecho Hombre.

En el transcurrir de su infancia, adolescencia, juventud y adultez sufrió un proceso de interiorización de su propio sentido de identidad, mediante el cual fue elaborando su conciencia mesiánica: tomó plena conciencia de quién era y, cuando tenía 30 años, abrió sus labios para anunciar al mundo –desde la sinagoga de Nazaret– que Él era el Cristo, Emmanuel, el mismo Dios manifestado en carne. Desde ese momento de su devenir histórico–salvífico comenzó la proclamación del Evangelio del Reino de Dios.

La esperanza de todos los seres humanos se devenía ahora, existencialmente, en este infinitesimal punto del Universo llamado Tierra. Los pobres y marginados, los presos por causa de la justicia, los humillados y ofendidos, los ultrajados, los explotados y expoliados, y, en definitiva, los proletarios y todos los parias de la Tierra ya tenían quien, desde la proclamación de la Verdad, había tomado la decisión de ponerse a su lado y defenderlos para siempre. Él fue el amparo de los desamparados, el agua de los sedientos, el pan de los famélicos, el derecho de los desposeídos, la voz de los sin voz, la salud de los enfermos, la vida de los muertos, el consolador de los desconsolados, el descanso de todos los trabajados y cargados, el

compañero de los solitarios y la libertad, la vida y la liberación de todos los oprimidos de esta Tierra (Luc 7: 18-23).

Jesucristo es el fundador del cristianismo y Cabeza de la Iglesia, “la cual es su cuerpo y la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo” (Efe 1: 19-23). Cristo y su Iglesia constituyen un solo hombre nuevo; es decir, una persona colectiva (Efe 4: 11-13). A esta Iglesia, de la cual formamos parte –como miembros del Cuerpo de Cristo (1ª Cor 12: 27)– todos aquellos que hemos experimentado el nuevo nacimiento (Juan 3:3) y recibido el Espíritu Santo en la esfera de nuestra intimidad (Juan 3:5-8; Rom 8:11 y 26-27), le ha encargado Cristo una misión suprema: la proclamación del Reino de Dios a todas las personas, etnias y naciones de la Tierra (Mateo 28: 18-20) hasta que Él vuelva (1ª Cor 11:26).

¿Han estado las iglesias cristianas a la altura de la vocación a que han sido llamadas? Sinceramente, creo que no. A mediados del siglo I aparece el primer documento novotestamentario, que, con toda probabilidad, fue manejado por las iglesias de la época. Se trata de la denominada EPÍSTOLA DE SANTIAGO. En ella, su autor (hermano de madre del Maestro) pone de manifiesto que, sólo veinte años después de la ascensión de Cristo a los Cielos desde el Monte de los Olivos, las iglesias cristianas estaban traicionando, adulterando y manipulando los contenidos auténticos del verdadero Evangelio del Reino de Dios. El Sermón de la Montaña, mensaje central del ministerio de Jesucristo, se estaba olvidando, soslayando o reprimiendo en la medida que “otras enseñanzas”, impartidas por maestros “conforme a las filosofías y sutilezas de este mundo”, iban ocupando su lugar en las conciencias de los creyentes.

La alienación que esta realidad catequética conllevaba, estaba creando la infraestructura que serviría de base y apoyo para que las iglesias cristianas dejaran de ser organismos vivos y se fueran transformando en entidades religiosas muertas. Así, a través del paso de los siglos, el cristianismo se fue deviniendo como un movimiento religioso, y no como aquella realidad trascendente con dimensión ética, pneumática, social, económica, política y humana que tendría como fin primordial la proclamación kerygmática de los verdaderos contenidos del Reino de Dios: nacidos del corazón mismo de la Deidad y, por consiguiente, únicos y suficientes para dar satisfacción y respuesta realizadora a las demandas que emergen desde la esfera de la intimidad de los hombres (Ecl. 3:11).

La desideologización cristológica –cristocéntrica– y la consiguiente despersonalización del cristianismo, llevó a éste a entablar relaciones peligrosas con el Sistema que gobierna este mundo y con sus superestructuras. Primero, las iglesias cristianas se fueron alejando del modelo que

fluía de las fuentes inspiradas del Nuevo Testamento; después, hicieron dejación de su compromiso de denuncia profética, guardando silencio ante las injusticias que dentro del Sistema se producían; más adelante, se politizaron, introyectando en el corazón del cristianismo y de los cristianos el sistema psicosocial, socioeconómico y sociopolítico imperante, barnizándolo –o biblizándolo– ¡a imagen y semejanza de los sepulcros blanqueados de los escribas y fariseos! En definitiva, bendiciéndolo y cristianizándolo.

A lo largo de estos dos milenios, la historia del cristianismo ha estado llena de luces y de sombras. Desde mi punto de vista, las sombras han sido tan densas que casi se han convertido en tinieblas, en oscuridades que apenas han permitido percibir unas tímidas lucecitas, a la manera de pequeñas estrellas que brillaban en el firmamento de la larga noche de la Historia: insignificantes focos de luz en el inmenso mar cósmico de tantos agujeros negros.

A tanta distancia histórica, social y moral del nacimiento de la primera iglesia cristiana en la ciudad de Jerusalén, se impone una reflexión múltiple que nos vincula a todos los cristianos.

Es el cristianismo actual el cristianismo de Cristo?

El modelo de Iglesia cristiana, local o universal, y su funcionamiento interno y gobierno, ¿se corresponde con aquel que se nos explicita en las páginas del Nuevo Testamento?

El Evangelio que se predica –en su fondo, forma y contenido– ¿implica el Evangelio del Reino de Dios que proclamó Jesucristo?

El profeta Jeremías transmitió al pueblo de Israel este mensaje de parte de Dios: “Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma” (Jer. 6:16).

Dos mil años después de haber traicionado nuestra vocación cristiana ¡de tantas maneras! ¿no es tiempo ya de pararnos, para reflexionar sobre nuestro devenir histórico; de mirar, para vernos tal y como somos, en el espejo de la Palabra; de ser humildes y preguntar por la verdadera causa de nuestro fracaso, a fin de poder caminar por la senda que se conforme a la voluntad de Dios?

Para quien esto escribe, ser progresista, en el mejor de los sentidos y desde la perspectiva de la Revelación de Dios, es volver a las fuentes del cristianismo, volver a la Revelación contenida en las páginas del Nuevo Testamento. Si nuestras iglesias fuesen verdaderamente novotestamentarias, tendrían que cambiar su fondo y su forma, revisar sus dogmas (esa “letra que mata”), destruir sus tradiciones, permitir que el Espíritu de Dios las poseyese y que todos sus miembros, hombres y mujeres, ejercieran los dones que han recibido del Señor, sin más limitaciones que aquellas que la Palabra de Dios impone.

Si esto ocurriera, la revolución pendiente se iría implantando en este mundo como una esplendorosa e inefable realidad. Como diría Bonhoeffer, “el evangelio de la gracia barata” dejaría de ser el enemigo mortal de nuestras Iglesias.

